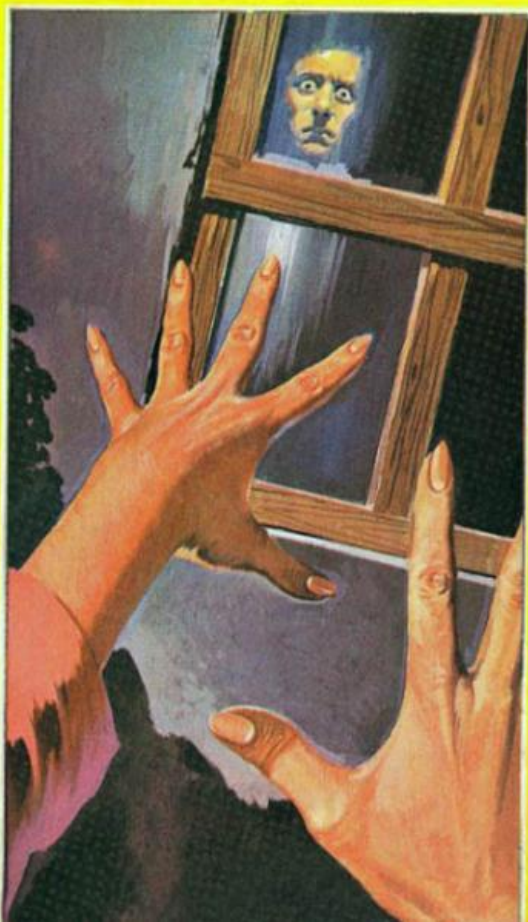




LA BANDA DE LOS HORRIPILANTES

PETER
DEBRY



COLECCION

PUNTO ROJO



PETER DEBRY

LA BANDA DE LOS HORRIPILANTES

Colección PUNTO ROJO n.º 345

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B. 35.199 - 1968

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre - 1968

© PETER DEBRY - 1968

sobre la parte literaria

© ANTONIO BOSCH - 1968

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
983 — Aprender a no morir.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
954 — Esposas robot.
- En Colección BUFALO:
783 — Hijos de la pólvora.
- En Colección CALIFORNIA:
623 — Tiros por la culata.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
614 — Legionarios del «Colt».
- En Colección COLORADO:
462 — Telón de plomo.
- En Colección PUNTO ROJO:
338 — Serena en su ataúd.
- En Colección ASES DEL OESTE:
374 — «Kentucky Joe».
- En Colección BRAVO OESTE:
287 — La heredera y los forajidos.
- En Colección KANSAS:
541 — Al otro lado del cañón.

CAPITULO PRIMERO

El Bar Picnic era apenas más ancho que su puerta. Una puerta cristalera a cuadritos rojos y azules que irradiaban discretamente sobre la acera de la calle Sainte-Daniele.

Doce personas bastaban para rellenar aquel antro, reservado en principio solamente para los amigos de Fern Morel. Por otra parte, ningún noctámbulo en su pleno juicio, se habría arriesgado a entrar en una guarida tan visible y famosa.

La gente barriobajera de Montmartre, caracterizada por su gran indulgencia, habían apodado al local Bar de los Horripilantes. El dueño, Fern Morel, era el primero en tomarlo a chacota.

—Con dos millones en un Banco suizo me puedo pagar el lujo de llevar muy alto mi hocico de puerco.

Regina Morel tampoco era muy agraciada físicamente; su ancha cara maquillada de rosa tierna, se hincaba directamente sobre un ancho torso de luchadora. Poseía unos grandes ojos vacunos y de expresión furibunda. Su boca voraz se dilataba de una oreja a otra, a la menor sonrisa.

Tenía afición a peinarse a lo Cleopatra, lo cual completaba su belleza aterradora, sobre todo de noche, bajo los multicolores farolillos del Picnic.

Fern y Regina habían adquirido aquel bar por capricho, para poder encurdarse gloriosamente, es decir, en su casa y a la vez públicamente.

El *barman*, Casimir, no tenía sueldo, pero su desinterés no engañaba a nadie; el viejo polaco se cobraba en materia prima. Su rostro violáceo surcado de rojas venillas, había contribuido involuntariamente a la repentina curación de borrachos juveniles.

Al final del mostrador, el local se ensanchaba formando un recinto de seis metros cuadrados, adornado con dos banquetas de pana negra y dos veladores de mármol negro. Allí, los intermediarios de la banda, negociaban sus pequeñas operaciones.

Hacia el Bar Picnic se aproximaba Dubroc, disimulando algo bajo su abrigo. Dada su anchura de hombros y el aplastamiento de su nariz, Dubroc alimentaba complacido una falsa leyenda de ex peso pesado. La retorcida conformación de sus narices era debida a una tara hereditaria.

Dubroc se izó sobre la punta de los pies, para espiar el interior del bar. Tras el mostrador, Casimir ostentaba la rigidez de las noches de gran melopea.

Lógicamente también estaban los Morel, pareja unida, sudorosa de bienestar y jovialidad. Por su leve tambaleo, juzgó Dubroc que hablan sobrepasado la dosis lo cual suponía que no tardaría mucho en estallar alguna violenta discusión.

La silueta maciza y fúnebre del corso Vascondi se removía en una banqueta. Su esposa, Lidia, en equilibrio inestable sobre el último sillín, giraba y gesticulaba para exhibir un abrigo de astracán de mangas demasiado anchas que palpitaban como dos alas.

A un lado de aquella siniestra pájara, vio Dubroc el rostro lunar de Bertín, el benjamín de los Horripilantes. Puesto que la élite del Picnic se hallaba reunida, todo iba bien, meditó Dubroc.

Se ocultó en las tinieblas del zaguán, hurgando bajo su abrigo y dispuesto a dar el golpe de la noche.

Exteriormente, el *whisky* no tenía más efecto en Fern Morel que haberle duplicado de volumen en seis años y haber añadido un tinte escarlata a su cabeza de cerdo.

Aquella noche estaba adelantado sobre su programación de vasos cotidianos. Regina vigilaba. Entre dientes, advirtió:

—Deberías cerrar las tragaderas, querido. Acuérdate lo que pasó aquel viernes 13 del pasado enero. Quisiste organizar una juerga y aterrizamos todos en el dispensario de la comisaría.

—No te inquietes. Me siento fresco como una lechuga y no abuso.

Señalaba su vaso lleno. Pero Regina insistió:

—Pregúntale a Mimir en qué etapa estás.

Morel, en alto una ceja, miró al viejo polaco que graznó impasible:

—Número 13 bis. Muy, pero qué muy buena jornada...

Fern Morel oyó la cifra fatídica sin respingar. Comentó jovial:

—Habré contado solamente los números pares. Son los que me traen suerte. No falla.

Interpeló a los demás:

—¿Os disteis cuenta? ¡Una tripleta de cinco millones! «Bibi», «Grandpa», y «Ladyblu», tres pencos monstruosos pasando la meta por el orden 14-8-4, como un solo burro con doce patas. Nadie quería el boleto, pero a mí me galopaba por la cabeza el 14-8-4. Tenía que salir, ¡y salió!

Desde mediodía, Fern ensordecía a todo el mundo con su 14-8-4 y mostraba complacido los fajos de crujientes billetes que abultaban los bolsillos de su chaqueta.

Lidia Vascondi comentó melosa:

—Yo en tu lugar, guapetón, no lo proclamaría tanto. Que un jovencillo novato se divierta paseando fajos de moneda para asombrar a los amigos, tiene pase. Pero en ti se ha convertido en una cochina manía que acabará por costarte caro.

En segundo plano, rió sarcástico Bertín:

—Además, 14-8-4 o 4-8-14, todo eso no es más que un simple golpe de chiripa. No nos jeringues con tu pretendido olfato. Para cobrar una apuesta así, basta tañer una suerte de... chambón.

Regina Morel apretó las voraces mandíbulas para contener la risa. Había pasado el domingo por la tarde en la dulce compañía del benjamín de la banda, mientras se desorbitaba viendo galopar su 14-8-4 ante la tribuna de Longchamps.

El corso Vascondi surgió lentamente del negro reservado. Su aplastada faz, de enormes cejas negras, entró en la hilera de bebedores. Lacónico manifestó:

—Espero que los amigotes se beneficiarán de tu suerte.

Con amplio gesto, señaló Morel las estanterías repletas de frascos hasta el techo y declaró:

—¡Bebida a todo pasto y gratis hasta el próximo domingo!

—Esperaba algo mejor por tu parte —afirmó Vascondi lúgubrementemente—. Cuando la suerte le regala a uno tal pastel, es más prudente devolverle el saludo sin tacañería.

Bertin y las dos mujeres sonrieron aviesamente. Lidia había replegado sus alas de astracán y se acurrucaba en su perchero como un inmenso buitre hembra al acecho.

El voluminoso Fern estaba todavía lo bastante lúcido para husmear la conspiración ambiental, y depositando su vaso con lentitud amenazadora, interrogó:

—¿Dónde queréis ir a parar, banda de glotones?

Vascondi expuso mordazmente:

—Tu 14-8-4 te ha proporcionado cinco millones sin hacerte perder ni un miligramo de sudor. Lo menos que puedes hacer es obsequiar dignamente a tus íntimos... Vamos, digo yo... ¿No es verdad, Regina?

Fern giró la cabeza hacia su mujer y comprobó que la proposición no parecía disgustarla. Cedió magnánimo:

—De acuerdo. Ofrezco una excursión por todo lo grande, cinco o seis días de gran juerga, con todos los gastos a mi cuenta.

—¿Cuándo? —quiso saber Vascondi desconfiado.

—Ya mismo, si queréis. Bastará que os pongáis de acuerdo sobre el punto de destino.

Meneó Bertín su cabeza lunática:

—En pleno mes de marzo, ¿dónde diablos podemos ir a formar follón?

De pronto, Casimir se puso todavía más rígido, chasqueando la pastosa lengua. Todos miraron hacia donde miraba él.

La puerta cristalera iba abriéndose, centímetro por centímetro. El aire exterior hizo oscilar el humo, y por la abertura de la puerta apareció una cabeza atroz, de vieja bruja.

La espantosa cara viraba lentamente de izquierda a derecha,

examinando uno a uno los componentes del Picnic. La tez de la bruja era de un verde lívido, con arrugas amarillas y pómulos salientes, bajo cuencas negras donde fulgían ojillos rojillos.

El propio Fern Morel siempre insensible a la fealdad, sintió sus grasas removerse por un gran escalofrío.

La faz desdentada de la bruja emergió por completo de la noche. Se abrió más la puerta revelando dos anchos hombros impresionantes que soportaban aquel horror de carátula.

Regina Morel chilló aliviada:

—¡Es Bob Dubroc!

Una hilaridad nerviosa sacudió repentinamente a los espectadores. Silbidos y gritos de fauna acogieron al gran bromista de la nariz rota.

Dubroc estaba encantado ante los efectos de su aparición. Por la boca de la careta, su voz brotó deformada y gargajeante:

—No es la más fea. Podéis elegir. Habrá para todos...

Bajo el abrigo llevaba una decena de máscaras deformes suspendidas en racimo por sus elásticos. Fern Morel eligió una sonriente cabeza de cerdo comentando:

—Salvo vosotros, nadie se dará cuenta del cambio.

Su mujer eligió la careta que representaba una leona de erizado mostacho. Vascondi escondió su cara rencorosa tras la amplia mueca diabólica de un polichinela. Lidia se parapetó tras la picuda carota del pato Donald. Bertín cambió de sexo al aplicar sobre su cara la faz de una dogaresa venecina, rematada por una franja de tul negro.

El polaco Casimir se negó rotundamente a enmascararse. Decisión que aprobó Dubroc afirmando:

—Cuando se tiene la suerte de poder circular por la ciudad con una jeta roja, azul y otros matices, siempre es Carnaval.

Desde el fondo de su nuevo hocico gruñó Fern Morel.

—No hay modo de apimplar adecuadamente. Distribuye pajillas, Mimir, o de lo contrario vamos a reventar de sed.

Un turista despistado que nunca había estado por Montmartre empujó la puerta. Al avistar estupefacto aquella colección de espantajos, respingó, despejada repentinamente su borrachera.

Dando media vuelta se sumergió de nuevo en la noche, corriendo a brincos y lanzando débiles gemidos.

Su pánico suscitó grandes carcajadas. Comentó Bertín:

—Ese yanqui va directo al avión, convencido que tiene un; *delirium tremendis que no se lame...* Lo que nace el no saber beber...

Casimir no paraba de rellenar vasos. La embriaguez iba iniciándose, desatando un optimismo audaz rozando la insania. El propio Morál había abandonado su placidez habitual.

La última palabra pronunciada por Dubroc le hizo mella con efectos

retardados. Aulló de pronto:

—¡Viva el carnaval! ¿Queréis que nos mondemo hasta reventar?
¡Salgamos recto hacia Niza! Sí, esta misma noche...

Casimir miró el reloj de péndulo, acarició una botella y decretó:

—Tenéis el tiempo justo y necesario para saltar de cabeza dentro del
expreso Costa Azul.

CAPITULO II

Bergerac, pagando rápidamente el taxi, subió apresurado las escaleras de la estación. No llevaba más que maletín. Lo estrictamente necesario.

No le preocupaba. En caso de apuro, la matrona de las Forjas Romajon suministraría lo que hiciese falta, si Bergerac lograba mantener a baja presión aquella especie de locomotora hambrienta de ternura.

Largas filas inquietas y protestonas serpenteaban ante las taquillas. Entre la muchedumbre se deslizaban máscaras de carnaval con destino al florido carrusel de Niza.

Clara Ravel llegó diez segundos después que Bergerac. Absorbida por los remolinos, siguió sin saberlo la estela de un guapo muchacho que ambicionaba lo mismo que ella. Un sitio, con asiento o sin, en el París-Costa Azul de aquella noche lluviosa.

Lo urgente para Bergerac era subir al tren donde iba la opulenta heredera de las Forjas Romajon y llegar a Niza. Jugando a codos llegó hasta el automático distribuidor de billetes de andén, extirpándole uno.

Al volverse se halló ante una viajera rubia, bonita sin exageración, de abrigo gris y que registraba nerviosamente su bolso.

Bergerac permaneció quieto; sentía una secreta atracción hacia las mujeres algo maduras. Brindó amablemente:

—No busques más. Tengo calderilla y estoy en primera línea.

Sonsacó otro billete, tendiéndolo a la viajera. La sonrisa de Clara Ravel le entibió el corazón. Señalando con la barbilla la muchedumbre irritada, miró después el gran reloj que trituraba minutos, y comentó:

—Supongo que al igual que yo piensa partir hacia Niza o Mentón con este billete de andén...

—A Niza —puntualizó ella riendo—. No es la primera vez que me pasa.

—A mí tampoco. Nos costará el suplemento y vale la pena con tal de asegurarse un extremo de banqueta en este Paris-Costa Azul.

Clara no se opuso. Aquel joven esbelto, cuya cortesía podía parecer algo confianzuda, era agradable, servicial, y su rostro simpático irradiaba una inteligente truhanería. Replicó ella:

—Ya estoy acostumbrada a estas partidas súbitas. Y aunque llegue con una hora de adelanto, siempre han ocupado los últimos asientos disponibles.

—Tenemos todavía una posibilidad. Antes de abandonar el hotel, telefoneé y sé que quedan unas trescientas plazas en un coche de primera que lleva el número 26. Apenas se forme el convoy, bastará que venzamos en la carrera a todos los palurdos que se abalanzarán. No se separe y sígame. Entre los dos, nos defenderemos mejor.

Sin más, Bergerac se inclinó para recoger el maletín granate que ella había dejado en el suelo. Por encima del hombro del viajero servicial, entornó ella los párpados para explorar la muchedumbre alborotada y preguntó:

—¿Dónde está su compañero?

Asombrado afirmó Bergerac:

—Voy solo. ¿Por qué me pregunta por un compañero?

—Entré casi sobre sus tacones. Alguien caminaba a su costado izquierdo, un poco atrás y se mantuvo cerca de usted hasta este distribuidor.

—¿Qué clase de «alguien»?

—Un hombre de unos cuarenta años, abrigo castaño y fieltro negro. Ustedes dos parecían hablar al pasar por entre las colas.

Bergerac pareció rebuscar en su memoria, y meneó la cabeza indiferente:

—Su cuarentón debía hablar consigo mismo. De todos modos la felicito por su excelente pupila. Vamos allá.

Penetraron codo a codo por la galería que conducía a los andenes. Franquearon uno tras otro el mismo portalón metálico giratorio. Por encima del hombro advirtió Bergerac:

—No me suelte. Tendremos nuestros asientos.

El París-Costa Azul acudía en marcha atrás, inmovilizándose con un suave silbido de aire comprimido. Los viajeros iniciaron un galope todo a lo largo del convoy.

Una cincuentena de energúmenos invadían el vagón 26 por sus dos accesos intercambiando golpes y solapados y palabrotas masculladas. Aprovechó Bergerac el hueco abierto por un coloso que embestía cabeza baja ayudado por su mujer.

Escaló los peldaños en el mismo impulso, siguiéndoles hasta el centro del pasillo y penetrando tras ellos en un compartimento vacío.

—¡Eso es talento! —exclamó jubiloso Fern Morel, esparciendo sus valijas al voleo.

Pero no lo bastante aprisa. Bergerac ya había colocado su maletín a la izquierda y el de Clara Ravel en la red, sentándose a la derecha, y reservándose así las dos esquinas junto al pasillo.

Al oír movimiento, la pareja se volvió bruscamente. Bergerac estalló en carcajada incontenible.

El hombre lucía un morro de cerdo bajo su hundido sombrero. La mujer

una testa de leona. Y el cerdo conminaba con voz cavernosa:

—¡Fuera, jovencito! Somos seis y ya he reservado todo el compartimento, ¿está claro?

Resultaba difícil tomarse en serio la amenaza pronunciada por aquella cabeza de lechón reluciente y riente que personificaba la alegría de vivir. Bergerac se mantuvo sentado en su rincón al replicar calmosamente:

—Ustedes, por el momento, no son más que dos. Queda muy libre de requisar las dos plazas restantes para instalar en ella a otros animales, pero estos dos asientos son míos y los conservo.

El sonriente cerdo gruñó:

—Le voy a partir la boca, jovencito.

—No lo intente —replicó Bergerac súbitamente pálido.

Tenía en gran aprecio su fisonomía y la perspectiva de una pelea en recinto cerrado le era infinitamente penosa.

La leona se removi6 en su vis6n, maullando afectuosa:

—Vamos, vamos, no se porte tontamente, joven. Encontrar6 f6cilmente dos asientos en otro compartimento.

— Ya no —replic6 Bergerac.

Señalaba la hilera de furiosos retrasados que desfilaban tras los cristales. More! orden6 a su mujer:

—Vete a buscar a los dem6s. Dubroc no tardar6 ni un segundo en echar a este cretino por la ventana.

La leona sali6 como un cohete, obstruy6 el pasillo con su masa, y tras varios empujones feroces, desapareci6 por la izquierda. Cinco segundos despu6s, llegaba Clara Ravel por la derecha, sonriente y algo jadeante.

Señalando el asiento de enfrente y retirando su malet6n, exclam6 Bergerac alegremente:

—¡Dos sitios magn6ficos! Inst6lese y no se impaciente. Antes de una hora volaremos a ras de suelo hacia Niza.

El lech6n, respaldado en la ventanilla opuesta, intervino:

—No est6 tan seguro. Ser6 preferible que agarrase a su mam6 por el brazo y se mudase ya mismo al otro extremo del tren. Dentro de poco, ya ser6 tarde.

La voz era casi suave y la m6scara expresaba una inmensa estupidez. Pero Clara no se sobresalt6. Confuso, Bergerac murmur6 humildemente mostrando la palma de sus manos hacia ella:

—Le pido perd6n. No pude evitarlo.

La leona del vis6n regresaba con refuerzos. Y el compartimento se rellen6 de golpe. Un gigante con cabeza de polichinela se desplom6 como un saco al lado de Clara, seguido por un abrigo de astrac6n ostentando una cabeza de pato col6rico.

Los reci6n llegados apestaban a alcohol. Bergerac cerr6 firmemente la puerta corredera. Que fue abierta con gran violencia y otras dos siluetas se

apretaron en el umbral.

Otro gigante con cara de bruja espantosa y una dogaresa velada de tul negro. El lechón gargajeó bajo su morro falso:

—Cogedme a este mequetrefe por la pelleja del cogote y depositadlo en el pasillo con su jamona. Este compartimento es para nosotros.

Bergerac se esforzó en conservar la serenidad.

—Hemos pagado nuestros asientos tan caros como usted —declaró con arrogante cinismo—. No tiene ningún derecho sobre estos dos rincones. Los ocupé antes que usted, los guardamos y sus groserías nada cambiarán de lo que está ya decidido.

Sentíase envalentonado por la presencia de Clara cuya apacible sonrisa le prohibía toda cobardía. El lechón chilló:

—¡Echadles fuera, vamos, hale!

—No se complique la existencia —aconsejó el polichinela—. Agarre su maletín y su dama. Deje libre el establo.

—Nos encontramos muy bien en esta pequeña granja —sonrió Bergerac—. Además siento curiosidad por saber lo que se oculta tras vuestras carotas postizas.

La nerviosa risa de Clara quedó ahogada por una sarta de palabrotas. La bruja y la dogaresa se inclinaron a la vez para agarrar por los brazos a Bergerac, que alzó un codo e hizo otro gesto que pasó inadvertido en el breve forcejeo.

Clara, indignada, quiso levantarse en su esquina, pero un empujón la reinstaló en su asiento.

La bruja y la dogaresa retrocedieron lanzando una imprecación sofocada y su retroceso descubrió a Bergerac que no se había movido del asiento.

Le costó trabajo a Clara reconocer al ex amable joven. Veía un rostro contraído y lívido. Un antebrazo derecho replegado como una pinza de cangrejo a la altura del ombligo.

Aquella postura fija y ladeada presagiaba una distensión rabiosa que podía proyectarse de un segundo a otro.

Una hoja de acero, de azules destellos, larga de unos quince centímetros, brotaba del puño cerrado.

Bergerac fue mirando al polichinela, a la pata Donald, al verraco y su leona, y a los dos «echadores» paralizados en el umbral. Anunció con voz silbante:

—¡Piara de animales! No soy lo bastante fuerte para pelearme contra todos vosotros a puñetazos, pero sé emplear esta herramienta y juro que abro en canal al primer bestia que intente cualquier pollinada.

El cuchillo se contrajo con chasquido metálico. Bergerac lo deslizó en el bolsillo interior de su americana.

La leona baló:

—¡Es muy mono el chico, pero será mejor no enojarlo!

Su comentario desencadenó risotadas que encubrían cierto malestar. El estado mayor del Picnic rozaba la embriaguez, pero la visión del mortífero cuchillo había enfriado a los más inconscientes.

El pato Donald, agitando sus negras aletas, graznó:

—El señor no sabe tolerar las bromas. No vamos a degollarnos por un pedazo de banqueta. ¡Guárdelas, sus dos sentaderas!

El comentario agrisulce camuflaba el acoquinamiento general. Y los cuatro Horripilantes sintieron secretamente aliviados. Eran de la clase de guerreros que vuelan hacia la batalla pensando con inquietud: «¡Maldita sea! ¿A qué esperan los de atrás para sujetarme?»

La situación se normalizó como por arte de encantamiento. La dogaresa y la bruja fueron absorbidas por el vaivén del pasillo.

Los otros cuatro mascarones se sentaron haciendo gestos exageradamente delicados. La turbia atmósfera del compartimento ya estaba enviciada por los alientos y por el perfume demasiado dulzón de las dos mujeres.

Bergerac se inclinó hacia Clara hablándole al oído:

—No tuve mucho acierto al meterme aquí. Esta gente lleva encima una borrachera de campeonato. Sería tal vez más sensato buscar otro sitio, aún a riesgo de quedar separados.

Replicó ella en voz baja:

—Nos quedamos, pero júreme que no sacaré más su cuchillo. Durante unos segundos, me pareció vivir en un pleno relato de la columna de sucesos.

—No era una alucinación. Con frecuencia, los sucesos comienzan así. Un granito de locura y todo estalla en un rincón cualquiera.

Miró Bergerac su reloj. Pronto llegaría la walkiria de las Forjas Romajon escoltada por su doncella luxemburguesa, su apoderado de las oficinas de París, y el temible tío Gustavo.

Por suerte, Bergerac había recibido las coordenadas. Coche-cama número 3, compartimento 11. Había prometido hacerle unas cucamonas a la bella hacia la medianoche.

El desfile de viajeros iba espaciándose. Clara Ravel vio llegar muy lentamente una silueta corpulenta, que taponaba la estrecha perspectiva. Reconoció de lejos el abrigo castaño, y el fieltro negro sombreado un rostro duro, macizo, de salientes maxilares.

El hombre tenía aspecto de solidez y por todo equipaje llevaba un portafolios delgado, apretado bajo el sobaco izquierdo. Murmuró ella:

—Ahí lo tiene.

—¿A quién? —quiso saber Bergerac, fruncidas las cejas.

—Al compañero que le seguía por la sala de acceso.

—Vaya... Está visto que se empeña en ver visiones —sonrió Bergerac.

El que avanzaba, apenas si disminuyó su muy lenta marcha al pasar ante el compartimento. Su inexpresiva mirada se deslizó por el frágil *play-boy* de la esquina izquierda, la elegante señora sentada frente a él, los cuatro mascarones que se removían al fondo.

Ladeó nuevamente el rostro y siguió adelante.

Bergerac dijo categóricamente:

—A este buen hombre nunca lo he visto hasta ahora.

Clara Ravel exhibió una radiante sonrisa que la rejuvenecía de unos quince años, lo cual la nivelaba en edad con su improvisado compañero. Y declaró, divertida:

—Yo sí. Lo he visto varias veces por las galerías de la Sala Pleyel, los días de grandes ventas. Hasta conozco su identidad.

—¿Y quién es?

—El comisario Lefort, del gabinete especial de las delegaciones judiciales. Dicen que es un cerebro de primera.

Tardó un instante Bergerac en reír, comentando:

—¡Rediez! Entonces no es el momento más oportuno para exhibir ningún cuchillo de muelles.

CAPITULO III

Fern Morel empezaba a congestionarse bajo su hocico de cartón, pero no pensaba quitárselo más que en último extremo, es decir, al borde de la asfixia.

Las rendijas de la máscara reducían su campo de visibilidad, obligándole a girar completamente la cabeza para acechar al joven del cuchillo y a su dulcinea.

Era la primera vez que los matones del Picnic recibían semejante chasco en público, y en plan de sana broma. Morel sentíase henchido por una sed de un líquido sin alcohol; sed de sangre.

Por naturaleza, era cobarde, y se parapetaba hábilmente tras las espaldas de Vascondi o de Dubroc. Sin embargo aquella noche, la embriaguez y el furor, en dosis alternadas, azuzaban en él una firme voluntad de revancha.

Era impepinable que se había dejado adelantar por el dardo en acero de aquel bonito jovenzuelo. Pero ya le arrinconaría a modo, durante la noche, jugándole una broma más mortificante que un par de tortas y tal vez más peligrosa que un cuchillo. Bastaba esperar el momento.

Sentada a su derecha, Lidia Vascondi levantaba a ratos, un poco, su picuda careta para darse aire. Iba a completar el total levantamiento, cuando la retuvo Morel con un codazo, susurrando:

—Quieta y deja ya de manosear tu pico. Ninguno de nosotros se quitará la máscara mientras estos dos palominos estén en el compartimento. Tengo una gran idea.

Bajo sus erizados mostachos la leona gruñó hacia su marido:

—¿Qué monsergas tramas, Fern?

—Transmite la orden general, patita.

Inclinándose en diagonal, Lidia transmitió a Regina, la cual a su vez le cuchicheó a Vascondi que debían conservar las máscaras puestas.

Ni Clara ni Bergerac parecían afectados en lo más mínimo por los cuchicheos y risitas de aquellos viajeros sin rostro humano.

Bergerac consultó nuevamente su reloj. Nada traicionaba en él ningún nerviosismo, salvo la sonrisa permanente y fija en su rostro. Murmuró:

—Todavía faltan veinte minutos.

—¿Tan larga le parece la espera?

—En su compañía, no. Pero se trata de un negocio que ha de

producirme por lo bajo varios millones. Comprenderá mi gran interés en no perderme este tren.

Ella ya esperaba una fanfarronada por el estilo, pero se limitó a sonreír amablemente. Y también cuchicheó imitando a las mascarones:

—Cuidado... No olvide que no viajamos de acuerdo a lo que exige el reglamento.

—Por más revisores que aparezcan, me es igual. Para mí, lo esencial es llegar mañana por la mañana a Niza. Y si fuera preciso, no vacilaría ni un segundo en recorrer los mil kilómetros del trayecto a caballo sobre el techo o los ejes.

—¿Viaje de negocios? —inquirió Clara tenuemente irónica.

—Mucho mejor todavía que un simple negocio. Altas finanzas —rió Bergerac con mueca de pícaro.

Un campanileo cristalino iba aproximándose por intermitencias, barrenando el estrépito interior de los pasillos. Pasaron unos segundos y por la entreabierta puerta anunciaron:

—Quedan una docena de plazas para el segundo servicio de cena.

Los cuatro mascarones al fondo, permanecieron totalmente petrificados, como monigotes de cartón encajados entre sus acodaderas.

Bergerac, sin consultar a Clara, pidió dos *tickets*. El camarero repitió:

—Segundo turno.

Tras su hocico, Fern Morel tomó nota mental y se puso a silbar, satisfecho. Terminaba de planear la gran broma.

Bergerac, en pie, colocaba en la red su abrigo y *foulard*. Murmuró Clara, inquieta:

—¿No tiene temor de que ocupen nuestros sitios durante la cena?

—No hay nada que temer. Su rincón y el mío, puesto que tenemos *ticket* de vagón-restaurant, están mejor guardados ahora que nunca. Además, si se atreven siquiera a tocarlos, sabré reconquistarlos a la bayoneta.

Rió ladeando la cara y no le inmutó el descubrir el pico amarillo del Pato Donald orientado hacia él con una mirada oculta y amenazadora.

Los otros tres fenómenos de fauna parecían ansiar aire, pero ni uno hacía el menor ademán para quitarse la carota, pese al calor viscoso que empezaba ya a espesarse en aquella celda acolchada.

Bergerac ayudó a Clara a despojarse de su abrigo, que colocó en la red. Ella apareció más esbelta, más juvenil en un sastre gris cuya chaqueta moldeaba un agradable busto.

Por un breve instante, Bergerac imaginó a la matrona corpulenta de las Forjas Romajon impedida a última hora para tomar el tren, y calculó sus posibilidades ante aquella nueva otoñal, apetitosa todavía, y con la edad suficiente para arriesgar todo su patrimonio por un amor.

La dama de gris tenía una boca atractiva, pero sus ojos azul celeste contenían un leve destello helado que no se hallaba por lo común en la

mirada de las otoñales ansiando revivir juveniles amores.

Bergerac lamentó mentalmente aquella lucidez y regresó a lo práctico. Hilda Romajon era una fortaleza bien custodiada que era preciso dominar con mucha prudencia, si bien ya había caído en su poder varias veces, alborotando a la vecindad con sus gritos de alegría.

Bergerac no se estimaba satisfecho con tan poco. Esperaba el máximo; la entrega de las llaves, el certificado matrimonial, la garantía bancaria al final del viaje.

Hilda debía, estar próxima ya a subir al coche-cama número 3 y las amarras familiares iban, por fin, a desprenderse en torno a ella. No era correr ningún riesgo, observar la operación de embarque de la heredera, desde lejos. Dijo:

—Excúseme unos instantes. Voy a echar un vistazo al andén.

Se abrió paso hasta llegar el estribo. Iba a saltar, pero retrocedió sin haber soltado el pasamano. Hilda Romajon ya estaba instalada. La prueba era muy visible.

Dos hombres paseaban con demasiada indolencia fingida ante el acceso al coche cama 3. El más alto lucía un mostacho negro, a la mejicana, que no embellecía en nada su largo rostro de macho cabrío.

Bergerac lo había tenido muchas veces tras sus tacones desde que iba apretando el cerco en torno a la multimillonaria Hilda. Aquel personaje pegadizo, llamado Goret, era el investigador más tenaz de la agencia Perron. A sueldo del tío Gustave Romajon.

El otro vigilante privado, era un individuo muy flaco, de rostro anguloso y que caminaba con aires de matón del Oeste. Nunca lo había visto Bergerac hasta ahora.

Clara le vio regresar y evidenció una expresión de alivio que complació mucho al joven Bergerac, a quién preguntó ella:

—¿Vio algo interesante?

Bergerac estimaba que la franqueza es siempre beneficiosa ante un interlocutor inteligente y replicó riendo:

—He visto a un tío feo y bigotudo que un avariento familiar ha pagado para espiarme. Jugamos hace tiempo una larga partida al escondite, que podría acabarse dentro de un instante.

—¿Por qué... Por qué le va a atrapar?

Por segunda vez, Bergerac mostró las palmas de las manos humildemente.

—Valgo muy poca cosa. ¿Cómo quiere que nadie desee atraparme?

Los altavoces iban ya desgañitándose. El chasquido de las portezuelas cerrándose, anunciaba la próxima partida. El París-Costa Azul se puso en movimiento sin una sacudida, sin un chirrido.

Bergerac se dio cuenta de que el tren partía al ver pasar muy lentamente a ras de cristales una cabeza de macho cabrío, la de Goret,

mirando hacia adelante, hacia el coche-cama. Murmuró:

—Sólo me llevé el susto. Mi mostachudo espía se quedó en tierra.

Regresaron al compartimento, esquinándose en sus asientos, abismados en sus reflexiones.

Un individuo muy flaco, de rostro anguloso, y andares de matón, les había seguido, sin que ellos se dieran cuenta. Avanzaba lentamente, como adormilado, apagado el cigarrillo hincado en la comisura labial, pasadas las manos tras el cinto de su abrigo.

Ignorando a la mujer rubia y al guapo joven sentados a un lado y otro junto a la puerta, los ojos penetrantes del flaco cobraron vida por un instante, al divisar los cuatro viajeros enmascarados, y pasó de largo.

El tren había adquirido velocidad. Fern Morel palpó al interior de su americana los fajos que abultaban sus amplios bolsillos especiales.

Los cinco millones antiguos, aunque fuesen cincuenta mil fuertes y actuales, empezaban a darle mucho calor. La leona comentó agriamente:

—Hubiese hecho mejor en dejarle la mitad a Mimir. Ni entre los seis podríamos quemar todos estos papiros en una semana, a menos de tirarlos por la ventana.

Fern Morel prefirió no replicar. Tenía sueño. Hundió el hocico en el pecho.

Se despertó de pronto, alertado por movimientos. Los dos «intrusos» ya no estaban.

En pie ante la puerta abierta, Vascondi miraba fijamente hacia la derecha, por dónde se habían eclipsado los aguafiestas. Regina y Lidia se habían quitado las máscaras, mostrando unas caras pastosas donde el maquillaje se había diluido en surcos de sudor.

Morel se arrancó el hocico de cartón con gesto rabioso. La aparición de su legítimo hocico, sonrosado al máximo, suscitó la hilaridad de las dos mujeres. Furibundo, gruñó Morel:

—¡Cerrad la boca, raposas! ¿Dónde están los tórtolos?

Vascondi giró la cara de indio, de perfil aplastado, para informar:

—Acaban de irse a rellenar el buche, y tardarán... Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

Morel bajó el cristal en violento empuje. El aire le penetró con intensidad. Dijo Morel:

—Pasadme sus trastos.

El París-Costa Azul corría a ciento cincuenta por hora. Maletines y abrigos salieron por la ventana, absorbidos por el viento de la velocidad y desaparecieron en la roche.

Tras el bagaje de Bergerac y Clara volaron a ras de suelo la máscara. Y Fern Morel frotándose las manos manifestó:

—Ahora, ya estamos en casa. Vete a buscar a Dubroc y Bertin.

Hasta riendo, resultaba siniestro el corso que fue a cumplir el encargo.

Comentó Regina desafiante:

—Era antes cuando tuviste que hacer esta pequeña mudanza y limpieza. ¡Sí, delante mismo de la jamona y su nene bonito! Lo que pasa es que perdiste empuje y coraje.

Morel ladró:

—¿Quieres que te tire por la ventana? Sigue pinchándome y verás qué pronto me lleno de coraje y empuje.

Lidia apagó aquel furor presentándole a Morel un frasco recién abierto. Cuando Vascondi regresó acompañado por Bertin y Dubroc que habían arrojado sus máscaras por la ventanilla, estaban bajadas las cortinillas sobre los cristales y la puerta del pasillo.

La mesita tendida desaparecía bajo un surtido de botellas y entremeses variadísimos. Bertin exclamó complacido:

—Formidable... Cómo si estuviéramos en el Picnic.

CAPITULO IV

Encontraron una mesa de dos plazas en un rincón, lo cual les aseguró un relativo aislamiento. Apenas hubieron encargado sus menús, Bergerac abordó rectamente el asunto, aunque con aire ingenuo:

—¿Es usted casada?

—Lo fui, pero sin enriquecerme. Mi difunto, en vida, además de poco afortunado, era jugador. Poco antes de perder su vida, perdió hasta el último céntimo en una jugada de Bolsa. Y usted, dígame si quiere cuáles son sus nombres.

—No haga cábalas sobre mi nombre de pila porque nunca lo adivinaría. No lo tengo. Me llaman Bergerac desde mis dos años de edad, y acabo de cumplir los veintidós. Por consiguiente, no puedo ofrecerle nada más bonito que un solo nombre: Bergerac.

—Un gran poeta se llamó así.

—No era yo, palabra. Mi nombre se debe a la aldea del Sur donde me encontraron abandonado, con un papelito de serial. Ya sabe... «No podemos ni alimentar ni hacer legítimo a este nene mono. Dios le ampare». Aterricé en un orfanato. Luego en un reformatorio. Nada de particular. Si uno se aguanta, se vive pasable. Hasta la emancipación a los dieciocho.

El tren perforaba la noche a velocidad de bólido y su balanceo de curva en curva producía una embriaguez casi sensual. Bergerac hallaba muy agradable compartir su bienestar con una desconocida encantadora y comprensiva. Preguntó:

—¿Y usted?

—Recibí un nombre del que no iba a protestar durante el bautizo. Resultó anticuado al cumplir mis veinte años. Y ahora, me temo que ya es algo tarde para poderlo cambiar. Me llamo Clara.

Apretándole la mano por encima de la mesa, sonrió Bergerac:

—Buenas noches, Clara. ¿Qué tal? Bueno, supongo que no irá usted a Niza por simple placer.

—En cierto modo, sí. Mi viaje se terminará mañana por la tarde en el castillo de Bel-Air, en las colinas del Val, dominando Niza. Tengo una cita allí.

—Ah... Vaya...

—Con una virgen en alabastro, del siglo catorce, incrustada de esmaltes, y cuyo valor mercantil es de medio millón de francos fuertes.

—Caramba —suspiró Bergerac ante la cantidad mencionada—. Este prodigio de estatua, le dejará a usted beneficios, supongo.

—Es una talla preciosa, y si consigo adquirirla por menos de la cantidad citada, este descuento será mi beneficio. Si logro llevarla a París al marchante que me paga un sueldo mensual fijo, él volverá a venderla casi el doble, por teléfono, a algún coleccionista de Filadelfia o Boston.

—Pero queda usted compensada, porque sabe apreciar lo hermoso y de ello saca beneficios también materiales. Adiviné al instante que usted era una mujer inteligente, con dones de artista. Conozco bien a las mujeres. Una inútil o una tonta me habría vuelto la espalda ante mi primera oferta de amistad, allá en el distribuidor de billetes de andén.

Siguieron cenando, en silencio. A ratos, Bergerac se volvía disimuladamente buscando con la vista a la olímpica Hilda de las Forjas Romajon en medio de los rumiantes afanados en rellenar sus estómagos.

No la vio. No vio en ningún sitio su abrigo de gibelinas ni su horrible sombrerito blanco. Probablemente habría triturado dos galletas y una lechuga en el primer turno yéndose luego a suspirar en su litera solitaria.

La sonrisa de Clara tenía algo de La Gioconda, pero tierna y benévola. Preguntó ella:

—¿Y usted, Bergerac? ¿Progresas en sus negocios?

Sintió él repentinamente un total desprecio por su coraza cínica.

—Yo soy un sinvergüenza asqueroso. No valgo para nada. Eso es todo.

—No se mortifique. Le adivino tan fácilmente como si fuese usted mi propio hijo. No, no tengo hijos. Pero tal vez sí, mucho instinto maternal.

—Confieso que me desprecia.

—¿Y por qué? En cierto modo, es usted un objeto de arte —y el tono de la experta en arte, era frío—. Si yo fuese rica, pagaría algunos millones para colocarle bajo un gran globo de cristal. Naturalmente, no vería usted mucho la luz del sol.

Rió Bergerac complacido. Ya no sentía ningún malestar. Aquella mujer bonita aún, inteligente, venía a ser como un siquiatra excepcional al que se le hablase con el corazón.

—Yo hubiese pedido hacer lo que otros de mí origen. Emanciparme en cualquier barrio nocturno, viviendo de raterías, de pobres mujeres profesionales... Lo intenté. Tres semanas me bastaron para comprender que tal clase de existencia no es rentable para un muchacho que desea sacar provecho de su juventud.

—¿Intentó alguna vez una cosa llamada trabajo? —sonrió ella dulcemente.

—Durante dos semanas. Tampoco era rentable. Son el tiempo y una buena preparación, tal vez. Pero mi base de estudios era casi nula. Tenía prisa por vivir bien. Y entonces tuve un golpe de suerte. Jugué mi paga a un caballo. Gané lo suficiente para ropa elegante y frecuentar sitios

distinguidos. Adquirí soltura. Algunas damas me mostraron su atracción... En la vida, uno tiene o no éxito con las mujeres. Y es cuestión de darse cuenta en el momento oportuno.

—Resumiendo, usted ha resucitado al gigoló que la nueva ola ha exterminado con desaseos y afeminamientos. Su viaje a Niza está en la tradición de los años treinta. Me imagino ya a la dama que mañana le espera ante el Gogo Beach o La Burra Loca, ocultándose en el asiento posterior de un gran coche americano.

—Se equivoca. Ya he superado hace tiempo la etapa de las citas agotadoras, impuestas por una tonta caprichosa. Ahora apunto mucho más alto. Me redimo. Aspiro al matrimonio, tan corriente, de conveniencia. Para mí. Y una belleza del calibre de Hilda es mi meta.

—¿Y quién es Hilda?

—Un torreón de oro. La rema de las Forjas Romajon. Sesenta por ciento del capital social, y la totalidad cuando un buen infarto habrá aniquilado a su tío Gustave.

—Supongo que este monumento es también una mujer.

—¡Y tanto! Por cálculo, el tío Gustave la condenó al celibato vitalicio y pensaba tenerla apagada. Pero me bastó sonreírle a Hilda para que a sus cincuenta años, estallase. Un volcán, la pobre... Fue en primavera.

La mirada de Clara Ravel se ensombreció al recriminar:

—Muchacho... Me bastó con oír relinchar y gruñir a las cuatro bestias de nuestro compartimento.

Aceptó Bergerac como justa, la reprimenda. Y se abstuvo de entrar en los detalles de su victoria. Además a ocho meses de distancia ya no podía precisar quién asaltó a quién.

Había sido en pleno bosque de Bolonia. Bajo los castaños floridos de un mirador recóndito. La virginal baronesa Hilda, además de su doncellez cincuentona, perdió un lebel afgano encargado de custodiar su virtud.

Los efluvios de la primavera lanzaron al arisco lebel, que valía un fortunón, tras las huellas excitantes de una perdiguera juguetona. Nunca más reapareció.

Preguntaba Clara:

—Por lo menos, ¿es usted amable con Hilda?

—Quisiera serlo noche y día. Desgraciadamente, mi baronesa está todavía dominada por las razones de Estado, y hasta durmiendo sueña con sus Forjas. Si añadimos que Hilda está más custodiada que la reina inglesa, se formará una visión de conjunto de mis dificultades.

—Me las supongo —rió ella. El cinismo del joven resultaba casi patético.

—El tío Gustave la hace seguir y anota el empleo de su tiempo en un registro alimentado por porteros, chóferes y barmen. Fue todavía más lejos Gugus.

—¿Gugus?

—Así llamo a tío Gustave cuando estoy de buen humor. Gugus o Tatav. Como le decía, Gugus fue más lejos. Empezó por ofrecerme medio millón y expatriarme. Me negué. Desencadenó entonces una campaña de amenazas, llevada verbalmente por los dogos de una agencia privada. Me burlé de ellos cambiando diez o doce veces de hotel. Los ángeles guardianes de Hilda se confabularon entonces para intentar romperme la cara a la salida de un local nocturno.

El hasta entonces risueño Bergerac, adoptó involuntariamente una expresión de criminal acorralado, al pasar suavemente su pulgar por la solapa, palpando el cuchillo por encima del tejido. Y concluyó:

—Uno de ellos se encenó muy indispueto. Mi linda cara es mi única herramienta de labor. Desde que me amenazaron con desfigurarme, tuve que transportar el cuchillo que antes asomé. No soy judoka ni boxeador. Y he de defender mi capital.

Distendió las facciones en sonrisa medio cínica, medio avergonzada.

Clara dictaminó:

—Los riesgos y fatigas que corre, Bergerac, redimen un poco la apariencia escabrosa de su relato. Sin embargo, sea prudente. Recuerde que aún la mujer más enamorada, conserva siempre una chispa de lógica. Hasta el último minuto, esté alerta y desconfíe de la recepción que pueden estar preparándole en Niza.

—No hay temor. Hilda acaba de engañar a todos sus guardianes pretextando un corto viaje. Ahora está en nuestro mismo tren. Mañana descenderemos brazo sobre brazo, yendo recto al juez de paz, para casarnos. ¿Dónde puede ver usted trampa alguna, si ella es la principal interesada en desquitarse de tantos años de sequía?

Clara se asomó ante tanta inconsciencia. Murmuró:

—¿Quién de ustedes dos tuvo la iniciativa de este viaje?

—Fue la propia Hilda quien lo organizó todo.

—¿Está muy seguro? ¿Y si fuese el propio tío Gustave?

—Escúcheme bien, Clara. A mí, ninguna mujer logrará nunca engañarme. Ella misma me dio el número de su compartimento. Y lo decidió todo esta misma tarde. Me telefoneó anochecido.

—¿Y bastó un telefonazo para que usted corriese a la estación?

—Esperaba desde hacía meses esta escapada que colocará a Hilda bajo mi directa independencia, salvándola de la tiranía de Gugus. Y si Gugus intenta represalias, nos iremos a una isla griega o al Caribe.

—¿Cree que será vivir el porvenir que le espera, Bergerac?

—Claro que sí. Me importa un pepino la crítica. La sociedad es benévola con los matrimonios ricos. Y a mí me tiene sin cuidado casarme con una mujer dos veces más gorda y vieja que yo, si con tal excentricidad social me garantiza ser el príncipe consorte de las Forjas Romajon.

Lógicamente no entiendo ni entenderé nunca una palabra de hierros y forjas.

—Juega usted una partida muy peligrosa. Este viaje no le parecería tan divertido si alguien le susurrara de repente, al oído...

Y susurró Clara Ravel:

—Ya estás marcado, señalado y casi enterrado.

Encogiendo los hombros indiferente, también se inclinó Bergerac para afirmar en tono confidencial:

—Yo contestaría simplemente: Mala yerba, nunca muere. Además, fíjese bien en mí... Se nota. La suerte está conmigo.

El restaurante se había ido vaciando. Sus luces esparcidas a ras de la mesa, dejaban en la penumbra rojiza apenas media docena de parejas y a tres hombres solitarios ante sus copas de licor.

Al volverse, Clara reconoció al fondo del vagón al comisario Lefort, el cual al cabo de un instante se levantó con aire cansino y desapareció sin mirar a nadie en particular.

El tren parecía embestir cada vez más rápidamente por una recta interminable, atravesando ráfagas de chubascos repentinos, cuya metralla crepitaba furiosamente tras las cortinillas echadas.

Bergerac pagó la nota, insistiendo en hacerlo, con firmeza, y miró de soslayo su reloj, preguntando:

—¿La molestaría esperarme aquí unos diez minutos máximo?

Clara Ravel recobró su aire de Gioconda ausente y enigmática. Apretaba los labios y Bergerac sintióse algo molesto, como un colegial ante una maestra bonita y enojada. Dijo:

—Haré simplemente un paseíto por los coches-cama, llegándome hasta el coche tres, cabina once. Hilda espera que vaya a darle las buenas noches. No las prolongaré mucho.

Clara Ravel exhaló el humo de su cigarrillo al replicar:

—Tómese el tiempo necesario. Encontraré sin dificultad el camino de nuestro compartimento.

—Bueno... No se imagine nada picaresco. Me limitaré a llegar hasta la alcobita rodante de Hilda, daré tres golpecitos en la puerta, se abrirá y...

—Se encontrará usted de narices con el tío Gugus, que le agarrará por la corbata —rió Clara—. ¿Quién sabe? A lo mejor, su encanto personal que usted sabe vaporizar cuando se lo propone, ablanda a este hombre de hierro.

—Y si no, lo tiro por la ventana —rió Bergerac, levantándose.

Se alejó sonriente, seguro de sí mismo.

Clara Ravel inclinó la cabeza, entornando los párpados. Tenía una corazonada bastante razonada.

Supo de pronto que nunca más volvería a ver al encantador Bergerac.

CAPITULO V

Clara Ravel pensaba que el sueño no acudiría pronto, sobre todo en la penumbra de aquella caja cerrada donde cuatro furgonetas odiosas estarían esperando su regreso con hostilidad.

La mayoría de los compartimentos ya habían adoptado los preparativos nocturnos y bañaban en el azulado reflejo de las lamparitas, las hileras de cabezas medio reclinadas o bamboleantes.

Clara avanzaba sola, empezando a sentir un repentino frío ambiental. El tren parecía algo vacío y muerto.

El quinto pasillo, antepenúltimo, abrió ante ella su perspectiva desnuda y silenciosa. La luz aparecía levemente amarilla, vacilante, a punto de apagón.

Rehízo mentalmente la cuenta de los vagones recorridos. Estaba en el suyo, aunque tenía la impresión de avanzar sin meta por un universo algodonoso.

El pasillo le pareció tan frío y deshabitado como los anteriores. El octavo compartimento, el que Bergerac había elegido con tan mala suerte, estaba cerrado, cortinillas echadas.

Clara había esperado encontrar a los energúmenos relajados por el primer sueño profundo, roncando en la oscuridad. Pero las cortinillas filtraban una luz violenta.

Su malestar aumentó. Hizo resbalar la puerta corredera y permaneció parada en el umbral.

Habían desaparecido las figuras de Carnaval.

Seis personas corpulentas ocupaban ahora el compartimento, dos mujeres y cuatro hombres, que conversaban en voz baja, fumando.

Los seis a la vez se callaron. Seis rostros sarcásticos, horribles, giraron hacia la puerta.

Clara sintióse primero impresionada por aquellos rostros horripilantes que la acechaban con expresión maligna. Dijo ella en tono seco:

—Me parece que yo ocupaba no hace mucho un asiento en este mismo compartimento. Deseo que me sea devuelto.

Señalaba el rincón izquierdo, junto al pasillo, donde un voluminoso desconocido, de nariz rota, se desparramaba tendidas las piernas, bloqueando el paso.

No se movía. Y sus ojillos grises destallaban con insolencia la silueta de

la desconocida. Bob Dubroc exhibió su postiza dentadura, afirmando:

—Se equivoca de dormitorio, condesa. Mi trasero no se ha movido de este cojín desde el primer segundo de la partida. Aquí estoy y aquí me quedo. Vaya a buscar catre más lejos, muñeca.

El joven fornido sentado ante el que acababa de hablar manifestó con sonrisa estúpida:

—Yo también estaba ya donde estoy ahora.

Clara alzó la mirada hacia la redecilla; su maletín granate ya no estaba allí, ni tampoco su abrigo gris. Y no vio en parte alguna el maletín y abrigo de Bergerac.

Convencida de haberse equivocado, retrocedió, cerrando la corredera. Se había distraído por el camino.

Un gran convoy es a veces un laberinto monótono.

El pasillo seguía desierto y súbitamente, bajo su traje sastre, sintió Clara un escalofrío. Oía risitas malignas, siseos amenazadores...

Avanzó en sentido de la marcha del tren, franqueando otro fuelle de unión y se detuvo asombrada. Era un coche de segunda clase. La sorpresa la dejó casi sin aliento. Ya era inútil seguir adelante.

En su compartimento, el Club de los Horripilantes se divertía mucho. Bob Dubroc había alzado levemente la cortinilla de la puerta y vigilaba la perspectiva del corredor. Anunció:

—Ya vuelve... No nos delatemos riendo como cretinos de pueblo. Por más que ella insista, nosotros de pura piedra.

Desde su rincón masculló Morel:

—Yo me encargo de desanimarla a fondo. Sacaré lo mejor de mi extenso repertorio.

Se había administrado casi seguidos tres dobles de *whisky*, lo cual le suministraba una sensación de preponderancia incomparable.

Dubroc volvió a avisar:

—La gatita se aproxima. Oigan, ¿saben que la jamoncita no está nada, pero que nada mal? Ojo, quietos...

Clara llegó muy lentamente, como una sombra, y se paró ante el compartimento ocho. Sus ocupantes, de soslayo, adivinaren su titubeo. Ella posó una mano en la empuñadura y la retiró con ademán temeroso. Su silueta se esfumó, alejándose.

Clara pasó al otro vagón, cuyo pasillo estaba a contravía en relación con el precedente. A través de su incertidumbre, aquel detalle llamó su atención.

Ya no le cabía duda. El vagón que acababa de abandonar era el 26 y el compartimento ocupada por aquella extraña gente era el suyo.

Otro recuerdo confirmó su impresión: la manga muy amplia de un abrigo de astracán que se balanceaba en el vacío, encima de una mujer morena de perfil de ave rapaz.

la solitud de los pasillos tenía algo de irreal y la velocidad del tren propagaba vibraciones que parecían mensajes de próxima catástrofe.

Aguardó unos instantes en la plataforma, con el rostro adherido a los negros cristales. Al girar, vio dibujarse al fondo del pasillo una silueta oscura, bamboleanse.

Casi estuvo a punto de gritar, hasta que reconoció el uniforme de un revisor.

Se aproximaba sonriente, con aire equívoco al ver aquella bonita mujer, en pie, helada y como abandonada a su soledad. Explicó ella, nerviosamente:

—A mi regreso del coche restaurante, encontré mi sitio ocupado por un grosero que pretende conservarlo.

—Esta es una de las pequeñas desgracias que se producen con frecuencia en los trenes archillenos. Vamos a arreglarlo.

Bajo la visera negra, tenía un rostro redondo y colorado, de expresión bovina y plácida.

—¿Dónde estaba usted colocada?

—Coche 26, compartimento 8.

—Bien, sígame.

Empezó a caminar delante, y de pronto, deteniéndose, miró por encima del hombro a Clara:

—No recuerdo haberle revisado el billete.

Ella abrió, el bolso, mostrando el *ticket* de andén:

—Llegué a la estación en el último minuto. Había cola en las taquillas y yo no podía perder este tren, porque un coche me espera mañana por la mañana en la estación de Niza.

El revisor alzó sus gruesas cejas rojizas y extrajo el bloc:

—Lo siento, pero el billete y la sobretasa le van a costar el precio de una litera. Además, la persona sentada en su lugar tiene derecho a conservarlo. Pague primero. Luego, por galantería lógica, trataré de ver lo que puede hacerse...

Clara pagó y siguió al empleado.

La sucursal ferroviaria del Picnic había agotado cinco francos en ochenta minutos y sus componentes se hallaban pletóricos.

En previsión de un regreso intempestivo, Bertin había encajado su pie en el marco de la puerta. La primera sacudida lo removió un poco. La segunda, ganó el puño del revisor y la rodilla de Bertin se dobló como una biela. La puerta se abrió a fondo con seco chasquido.

Al divisar el semblante helado de Clara tras el hombro del revisor, exclamó Morel:

—¡Otra vez ella! ¿No se puede dormir aquí o qué?

Hacía falta mucho más para desconcertar a un revisor veterano. Mano en alto, aplacó la supuesta ira de los embriagados. Preguntó a Clara:

—¿Dónde estaba usted?

Señaló ella el rincón izquierdo ocupado por el hombretón de la nariz rota. Y Dubroc gritó, agitando sus manazas:

—Es evidente que esta mujer tiene la chaveta destornillada. Nunca estuvo en nuestro compartimento. Solamente dejé yo mi sitio una vez, para efectuar la ida y vuelta al meódromo.

Desde su rincón de la ventana, mugió Morel:

—¡Nunca hemos visto a esta lagarta! Desde una hora antes de la salida ya ocupábamos los seis este compartimento.

—¡Mienten! No tenían más que los cuatro asientos del fondo. Yo estaba sentada aquí y mi compañero me daba frente.

—Mostró el rincón derecho que el joven rechoncho rellenaba. Y Bertin meneó su rostro lunar, exagerando su expresión estúpida al manifestar enérgicamente:

—¡Está como una cabra la buena señora! Aunque yo dormía a fondo, juro que nadie se sentó sobre mis rodillas.

El revisor volvió la cara hacia la reclamante:

—¿Alguien la acompañaba?

—Mi amigo regresará de un momento a otro. Supongo que mi palabra y la suya le bastarán...

El corso Vascondi rió escéptico:

—Suponiendo que regrese... y suponiendo que exista. En todo caso, nosotros ni le hemos visto ni le conocemos. Igual que esta plaga de mujer llorona que ya empieza a resultar pelmaza. ¡Tenemos derecho a viajar tranquilos, demonios!

El revisor empezó a sentirse desconcertado ante la vehemencia de los seis pasajeros que si bien no tenían aspecto muy agradable de mirar, parecían estar en plena posesión de su derecho reglamentario.

Volviéndose, miró confuso a la viajera en pie.

—¿Está segura de reconocer a estas personas? Es fácil equivocarse en el desorden de la partida... Sería mejor explorar los compartimentos vecinos, señora.

—Estaban enmascarados los cuatro. Por lo menos durante la primera hora del viaje.

—Revisé este compartimento al principio del segundo turno. Ya estaba completo, usted no estaba y no había ningún enmascarado.

—No me equivoco, no. Esta gente puede reconocerse por la voz y por el olor. Les regalo mi asiento y acabaré el viaje en un sillín del pasillo. Pero mi bagaje estaba en la redecilla, aquí, en este rincón, cuando salí del compartimento. Ya no está y quiero recuperarlo.

Frunciendo las cejas, dijo el revisor:

—Eso ya cambia. ¿Qué bagaje?

—Mi maletín y mi abrigo. También el bagaje de mi compañero se ha

volatizado.

La ex leona agazapada junto a la ventana, chilló:

—¡La señora delira! Ya no le basta con pretender birlar dos buenos sitios a la vez, en un compartimento que no es el suyo, sino que encima nos reclama sus prendas interiores.

Levantándose a medias, rubio Morel:

—¡Llévese a esta calumniadora o le largo un par de mojicones!

Volvió a sentarse al empujón de su leona. Los otros, incorporados, bramaban selectos piropos siendo los menos agresivos los de «chalada», «bribona redomada» y «porrina taimada».

El revisor, desbordado ante la avalancha verbal, empujó a Clara y cerró violentamente la portezuela para apagar el surtido de voces airadas.

Mirando a Clara con aire extraviado, confesó:

—Ya no sé a quién creer. Sin duda reclama usted de buena fe, pero todo parece darles la razón a esta banda de... horripilantes furiosos. Voy a buscar al jefe de convoy. Espéreme aquí.

Se alejó refunfuñando, mientras Clara iba a refugiarse en la plataforma. El deslizamiento sigiloso de una portezuela la hizo respingar. Se volvió velozmente, invadida por el terror.

La risa de ogro de Dubroc estalló antes de anunciar:

—¡La jamoncita sigue ahí plantificada! Y está sola.

Es posible que el picacartones haya ido a buscar refuerzos.

Horrorizada, vio Clara aparecer otra cabeza, lunática, de ojos en blanco. Bertin se especializaba en personificaciones de cretino atroz.

Clara quiso retroceder, pero sus piernas parecían haberse convertido en plomo.

Girando la cara hacia sus amigos, masculló Dubroc:

—¿Qué decidimos? Basta con que digáis una sola palabra y la volteo a través del decorado. Salto del ángel, patada a la luna y zambullida de cabeza. Nadie se entera. Trabajo rápido y limpio. Bastará que uno de vosotros me abra la portezuela...

El matón del Picnic tenía afición por estas fanfarronadas. Puesto al pie del muro, fue retenido por milagro cuando iba a cometer un asesinato estúpido, sin verdadero móvil.

Pero aquella noche todo se juntaba para ayudarle a franquear el límite. La bebida abundante y las bromas entre dos intervalos de sordo rencor, colaboraban.

Con voz incitante provocó Regina Morel:

—¿A qué no eres capaz?

CAPITULO VI

El revisor iba acompañando al jefe de convoy, un flaco alto, cuyo rostro lívido y severo tenía una expresión austera, casi de cardenal inquisidor.

La viajera solitaria había desaparecido. Por lo menos, el pasillo estaba vacío, así como la plataforma posterior. Nadie en los W. C.

Recorrieron el camino en sentido inverso. A media distancia del coche restaurante, la atmósfera recalentaba, cambiaba de pronto. El aire helado de la noche se colaba furiosamente.

Apretaron el paso hasta la plataforma del fondo. La portezuela derecha dando a contravía golpeaba blandamente a las oscilaciones de velocidad. El jefe de convoy la cerró brutalmente con la suela. Y al volverse, vio a la viajera.

Clara Ravel estaba acurrucada en el ángulo oscuro de la plataforma, al lado de la cabina de aseo, adherido el cuerpo contra la otra portezuela. Su boca entreabierta temblaba.

Su mirada se hallaba fija, entre los dos hombres, allá donde poco antes se recortaba el rectángulo de noche profunda. Dijo el revisor:

—La estamos buscando desde hace diez minutos. ¿Por qué no se quedó dónde estaba?

Tratando de superar su miedo, contestó ella con voz trémula:

—No pude. Apenas se fue usted, los dos más feos salieron del compartimento.

—¿Qué le querían?

—No tuve valor de aguardarles. Avanzaban hacia mí como invitándome a bailar. Con mímica espantosa. Hui sin parar hasta el vagón restaurante, pero no me dejaron entrar los camareros. El bar había cerrado. Nadie supo decirme dónde estaba el joven que me acompañaba. Al volver, me encontré de pronto ante esta puerta abierta. Y fue en el mismo instante cuando la prolongada ausencia de Bergerac me pareció anormal.

Intervino el jefe de convoy:

—¿De quién habla usted?

Sin describirlo ni acusarlo de nada amoral, Clara presentó en pocas palabras al joven servicial que la había instalado, no sin dificultad, en el compartimento fantasma ocupado por mascarones.

Mirándola severamente, afirmó el jefe del convoy:

—Alguien miente.

—Yo, no. Me han robado todo. Mi asiento, mi bagaje, y el único testigo que podría defenderme ha desaparecido.

—Vamos allá. Quiero salir de dudas.

Fueron acogidos por un coro de carcajadas. Los horripilantes acababan de descorchar el séptimo frasco y se bañaban en beatitud jovial.

Sin embargo, el aspecto impasible de los dos funcionarios uniformados de negro empezó a ejercer una influencia negativa en su buen humor. Clara había permanecido algo apartada.

El jefe de convoy le preguntó afable:

—¿Dónde estaba usted?

Una vez más mostró ella el rincón izquierdo ocupado por el bruto de la nariz rota. Dubroc aguardaba el inicio del asalto, cruzadas las piernas, apoyado el mentón en sus puños reunidos. No pestañeó.

El jefe de convoy solicitó:

—Tenga la bondad de salir un instante. No tema. Volverá a recobrar su asiento.

El matón del Picnic, en pie, lo midió con arrogancia. El jefe de convoy tenía los hombros estrechos, pero su mirada imponía. Al salir al pasillo, Dubroc abombó los pectorales.

Por indicación del jefe de convoy, Clara ocupó el asiento.

—¿Dónde estaba su acompañante?

—Frente a mí.

—¡Espero que esta comedia no va a durar hasta Montemar! —chilló Regina.

El jefe de convoy no replicó. Su tendido índice tenía mucha autoridad. Bertin, mudamente, fue a unirse a Dubroc en el pasillo. El revisor ocupó su sitio.

Nadie se daba cuenta de dónde quería ir a parar el inquisidor de gorra galoneada. El truculento Fern Morel eructaba en su rincón. Sus ojos inyectados en sangre no se apartaban del rígido perfil de Clara.

Vascondi, impasible, retiró furtivamente su brazo para liberar la acosadera del lado de la intrusa.

Sin mirar a nadie en particular, dijo el jefe del convoy:

—No es para divertirme que hice sentar a la señora aquí. Ella pretende que este sitio es el suyo. ¿Es así? Ustedes pueden contestarme lo que les parezca mejor, pero les advierto que una mentira les costará caro.

Salpicando salivilla, rugió Morel:

—¡Esta jorobante pecata nunca puso los pies en este compartimento! No ha hecho más que ir y venir por delante de nuestra puerta, intentando colocar sus cachas en cualquier sitio. ¡Líbrenos de esta pelmaza pudibunda de una vez por todas!

Clara, inerte, ya no tenía ni fuerzas para replicar. El jefe de convoy,

parecía sordo. Alzó la vista, mirando furtivamente de una parte a otra, por encima de los viajeros alineados.

Una leve sonrisa frunció sus delgados labios. Las maletas de la banda estaban bien colocadas en la redecilla a la izquierda. En la de la derecha, frente a la señora asustada, la red desbordaba de abrigos tirados en montón.

En el medio, una manga negra se balanceaba en el vacío, tapando parte del tabique. Los horripilantes siguieron la dirección de su mirada. Vascondi dijo agresivo:

—Ya puede buscar por todas partes. Aquí no están los trastos de ella.

Tocando la manga colgante, preguntó el jefe de convoy:

—¿Y este astracán?

—¡Es muy mío! —gritó Lidia, rabiosamente.

—No lo dudo. Pero esta manga tan amplia oculta algo. ¿Saben ustedes qué oculta?

Los horripilantes, desconcertados, permanecieron en silencio. El jefe de convoy se inclinó hacia Clara, que había tenido aquel tabique ante los ojos durante dos horas. Ella contestó rápidamente:

—Es un fotograbado, de color sepia y azulado, representando los pinares de Esquiers, en el litoral al este de Niza, según dice el letrerito escrito en letras blancas.

—¡Exacto! —exclamó el revisor satisfecho, comprendiendo de pronto la táctica de su superior.

El jefe de convoy afirmó secamente:

—Esta señorita estuvo sentada aquí un buen rato. Ahora, ya sabemos a qué atenernos.

Los horripilantes estallaron en imprecaciones. Fern Morel aulló:

—¡Está mujer tiene muy mala baba! Es una maniática que busca público. Sáquela de este rincón o la echo fuera a patadones.

Calmosamente, replicó el jefe de convoy:

—Forman ustedes una banda de raros embusteros. Vamos a ocuparnos de este caso. Descuiden.

Hizo salir a Clara y al revisor. Dubroc y Bertin se empujaron para entrar en el compartimento y la puerta se cerró tras ellos.

—Precediendo a Clara hacia la plataforma, comentó el jefe de convoy:

—Ellos mismos se metieron en el cepo. ¿Qué dejó usted en su sitio?

—Mi abrigo de viaje y un maletín que no contenía nada valioso.

—Por consiguiente, no es una gran pérdida.

—Y se los regalaría a ellos muy a gusto si pudiera algún día, enfrentarme a ellos respaldada por tres muchachos robustos. Nada hay más horrible que estos insultos gratuitos proferidos por desconocidos que, por lo general, son peligrosos imbéciles. No soy rencorosa, y esta gentuza tiene la excusa de estar borracha, pero no merecen contemplaciones.

—Entonces, ¿presenta usted una denuncia?

—Si así lo hiciese, ¿qué pasaría?

—Dentro de unos minutos llegaremos a Dijon. Haré bajar a los encartados y usted se explicará ante el comisario especial. Su viaje acabará allí.

—Y posiblemente el mío también. No puedo permitirme este lujo, bajo pena de perder el negocio que me lleva a Niza.

—El joven que le acompañaba no se ha volatizado. Apenas se muestre, le confrontaremos con esta banda de borrachines y su testimonio reforzará el suyo, señora. Al pasar por Lyon, telefonearemos al comisario de Niza y todo estará preparado mañana por la mañana para acoger a esta pandilla. ¿Dónde vio usted por última vez a su joven acompañante?

—Nos separamos en el coche restaurante. Se alejó por el lado de los coches-cama. Yo regresé a solas a nuestro compartimento.

—¿Qué iba a hacer él por el otro lado del convoy?

—No estaba obligado a decírmelo... Apenas nos conocíamos... Y yo no le pregunté nada.

Clara empezaba a perder firmeza. Era imposible y embarazoso explicarlo todo a dos funcionarios sin indulgencia. Posiblemente, el guapo inconsciente estaría en la cabina individual con la heredera de las Forjas Romajon. A menos que...

La temible clarividencia femenina le había inspirado una teoría que parecía confirmarse. La rolliza Hilda no estaba en el «París-Costa Azul».

Alguien del sexo muy varonil había ocupado su lugar y Bergerac había caído en la trampa. Una trampa que había funcionado como un mecanismo bien lubricado.

Tracción al interior y expulsión al exterior.

El semblante agotado de Clara conmovió a los dos funcionarios. La llevaron al coche comedor, haciéndose abrir la puerta del salón-bar. La instalaron confortablemente en la mejor banqueta.

Por impulso propio, un camarero trajo una manta y té caliente. Dijo el jefe del convoy:

—Aquí estará mucho mejor que en un compartimento repleto. Nadie la molestará y si por casualidad nos necesitase, nuestras idas y venidas se realizarán más discretamente.

Fueron por los pasillos hasta el vagón en cabeza, de segunda, donde varios compartimientos estaban reservados para el servicio. Los cristales del último estaban herméticamente cegados por una capa de pintura azul.

El jefe de convoy golpeó a un ritmo convenido y la puerta corredera se deslizó.

Un individuo calvo, de rostro bronceado, sentábase perezosamente al fondo, tendidas las piernas sobre la banqueta ante él. Se limpiaba las uñas distraídamente y el ligero movimiento de sus manos hacía tintinear el par

de esposas, trabando sus muñecas. Riendo exclamó:

—¡Llegó el almirante! ¿No hay motín a bordo, Cristóbal Colón?

En el centro del compartimento, dos policías contemplaban fijamente un ajedrez de bolsillo colocado sobre sus rodillas juntas. La partida acababa de empezar, séptima de la tanda, y estaban absortos.

Instalado en la esquina derecha, cerca de la puerta, el comisario Lefort compulsaba periódicos aburridamente. Sentíase cansado, de muy mal humor. Los trabajos especiales de la policía judicial le hastiaban profundamente. Preguntó:

—¿Qué pasa ahora?

—Un pequeño asunto bastante molesto y quisiera su opinión.

Refunfuñó Lefort:

—La policía del expreso no es de mí incumbencia. Yo solamente estoy aquí para llevar a buen puerto a este gran granuja.

Al fondo, el preso estalló en risotada, sacudiendo sus brazaletes. El viaje posiblemente le iba a costar su bella calva, pero estaba decidido a aprovechar hasta lo último las molestias del prójimo.

El jefe del convoy informó:

—En principio, no nos gusta encontrar una portezuela abierta en el centro del convoy, sobre todo a plena noche.

Lefort encogió los hombros.

—Estaría mal cerrada. He aquí todo el misterio. Una portezuela abierta no significa más que una gran verdad. Está abierta. Hay que cerrarla.

—Una viajera que pasaba por allí, al ver dicha portezuela abierta, se ha puesto casi enferma. Desde hace media hora, busca en vano a un joven que la acompañaba, y nos estamos preguntando si el tipo no ha hecho la gran zambullida. Voluntaria o forzosa.

El tren disminuía su marcha. Racimos de luces violetas desfilaron tras los cristales. Dijon, parada y fonda.

CAPITULO VII

Fern Morel contempló al trasluz el último frasco. Ni gota. Riendo, anunció:

—Creo que estoy algo tajada, caramba.

Tiró el frasco fuera, subió la ventanilla y lanzó un eructo prolongado y sonoro en varias modulaciones. Lo cual produjo una gran hilaridad en su pandilla.

Dubroc descorchó la gran botella de agua mineral que acababa de comprar en el andén. Cada uno bebió, tras haber limpiado el gollete con un revés de la manga.

Alentaba todavía algo de jovialidad, pero el cansancio comenzaba a infiltrarse en los noctámbulos, especialmente en las damas. Lidia Vascondi preguntó con tono adormilado:

—¿Qué, dormimos sí o no? Ya hemos reído bastante por esta noche. Sí no, mañana al desembarcar tendremos una pinta funeraria.

El tren había recobrado su velocidad al devorar las rectas de la Costa de Oro. Moral contempló a su mujer entre sus párpados entornados. A ratos, muy separados, le rebrotaba una chispa de concupiscencia, y la presencia de los demás le traía sin cuidado.

Pero Regina dormía o fingía dormir.

Una sombra se deslizó por las cortinillas inmovilizándose ante la puerta. Los horripilantes enmudecieron, volviendo a sentarse.

Gruñó Morel:

—Apagad, cretinos. Y silencio. Vamos a ver lo que hace.

La oscuridad se apoderó del compartimento y el espacio iluminado del pasillo transparentó más a través de las cortinillas.

No era la viajera. La silueta era alta, más maciza y los brazos doblados se movían al nivel del busto. Dubroc hizo deslizarse la corredera con estirón brusco.

Un hombre, cuarentón, de abrigo castaño y elegante sombrero negro, rellenaba tranquilamente su pipa ante el compartimento ocho.

Alzó la mirada y continuó su manipulación, examinando los rostros enfurecidos que se tendían en la penumbra. Amenazador, aconsejó Dubroc:

—Vaya a rellenar su pipa a otro lado. El tren tiene seiscientos metros de largo.

Y empujó la puerta con fuerza. El batiente quedó bloqueado por un zapato de triple suela. Y un puño recio le hizo deslizarse en sentido contrario.

Dubroc soltó la manija y cayó en su banqueta, mientras los demás vociferaban:

—¡Déjenos en paz!

—¡El compartimento está lleno! ¡So cegato!

—¡Déjenos dormir tranquilos, troncho!

Eí desconocido anunció amistosamente:

—Quisiera decirles tan solo un par de palabras.

El comisario Lefort encendió la luz, abrió su carnet con gesto maquinal y volvió a cerrarlo. Todos comprendieron, salvo Fern Morel, a quién el fulano congestionaba, y bramó:

—¡No estamos para paliques, buen hombre!

Jovialmente, replicó el comisario:

—Ese buen hombre, o sea yo, tiene la impresión de haber visto por algún bar una jeta de marrano que se parecía mucho a la suya.

Una carcajada general acogió esta entrada en materia aportando un alivio en la tensión. El dueño del Picnic pareció halagado.

—Uno tiene la jeta que le dieron al nacer, y tanto mejor si asusta a los pelmazos. Aunque mis compañeros tampoco están muy favorecidos en aspecto de belleza, digo yo... ¿Qué desea?

Lefort acabó de amasar su tabaco con mimo de maniático y encendió su pipa escrutando a los horripilantes por encima de la llamita. Manifestó:

—Para comenzar, van a mostrarme sus papeles. Me agradecería poder colocar un nombre a estos rostros tan simpáticos.

Hizo levantarse a Bertin, dándole un discreto puntapié en la espinilla. Le mostró el pasillo con el pulgar y se instaló en el asiento.

El examen de los carnets de identidad duró poco y nada le enseñó que fuera revelador. No se extrañó, los bribones catalogados en el fichero central eran, por lo general mucho menos aparatosos.

Y el jefe del convoy no había exagerado al describirle a la panda como una piara de puercos humanos escapados de un bajo relieve terrorífico. Dijo Lefort:

—Vine a visitarles a propósito de esta mujer que se divierte complicándoles a ustedes la vida, haciéndoles perrerías. Seguro que ella es culpable, pero debieron tratarla con un poco de gentileza. En una discusión de esta clase, hay que tener cuidado. Nunca se sabe bien con quién se trata. Ustedes la trataron de toda clase de adjetivos malsonantes. Y pueden estar seguros de que ella lo recordará.

Regina Morel se había despertado en su rincón. Chilló:

—¿Qué oigo? Esta grulla entra aquí como Perico por su casa, reclama su bagaje, pretende rapiñarnos dos asientos y encima, ¿qué? ¿Teníamos

que dejarla?

Mirando la puntera de sus zapatos, admitió Lefort:

—No, claro que no, señora, pero esto no justificaba un derroche de malsonancias. El último de los necios deduciría que ya existía un nexo, una relación entre ella y ustedes. Dicho de otro modo, ya le habían visto con anterioridad, aquí o en otro sitio.

—¡Nunca!

—¡Jamás de los jamases!

Aspiró Lefort su pipa, dejando pasar la cola de indignación. Los ojos enrojecidos de Morel dirigían a cada uno y una, miradas amenazadoras que significaban claramente: ojo con patinar.

Aquel amable poli estaba buscando un agujero de ratón en los muros del club Picnic. Era preciso darle asco, interpretando los tontos del pueblo, los gamberros mayores de edad, los payasos del sábado por la noche.

Fern Morel emitió un eructo de trueno decreciente. Era su especialidad. Regina Morel se removió para poner en valor su mantecoso escote.

El siniestro bruto que a lo natural era el corso Vascondi babeó sobre su corbata al adoptar cara de Frankenstein. La hembra buitres giró suavemente hacia Lefort y socó una lengua rígida y puntiaguda como una flecha.

Bob Dubroc se hundió los pulgares en las esquinas de su boca, haciendo sobresalir su dentadura postiza. Anunció tartajoso:

—Cincuenta combates ganados en el último asalto! Dejé en tal empresa mi nariz y mis muelas, pero el campeón sigue en forma.

Ante el umbral, Bertin bozqueaba, apretándose hacia arriba la nariz y hurgándose un sobaco.

Benévolo, comentó Lefort:

—¿Os gusta la broma, eh?

Fern Morel exclamó riendo:

—¡Y tanto! Somos charranes amantes de la chirigota y nos pirramos por tomarnos la vida en rosa, bebedores, sin sobrepasar los límites convenientes. Sabemos comportarnos, vamos.

—Pues no hace mucho pasaron los límites —sonrió Lefort.

—Una sarta de palabrotas no es grave. Es que la pobre chiflada cometió el error de ponerse pesada.

—Se trata de otra cosa, amigos. Dos de vosotros se divertieron en perseguirla por el pasillo.

Protestó Dubroc:

—Ni siquiera la rozamos. Echó a correr como una loca, como poseída por un terror inexplicable.

—Sus motivos tenía —rió Lefort amablemente, señalando con la pipa los rostros de Dubroc y Bertin—. Lo molesto para vosotros es que ella tropezase de golpe con una portezuela abierta.

El «París-Costa Azul» atacaba precisamente una recta a ciento

cincuenta. Los Horripilantes permanecieron privados de voz, sin aliento y petrificados en sus banquetas.

Por fin, indagó Vascondi con voz cavernosa:

—¿O sea, que se apeó en marcha?

—Ella, no —replicó lentamente el comisario, inclinando hacia Dubroc—. Pero la mujer de que hablamos no iba sola en el tren y alguien más pudo volar por esa portezuela abierta. Vosotros estabais muy bien situados para echarle una mano.

Gruñó el falso boxeador:

—Nosotros no somos asesinos.

—Antes de serlo, los asesinos eran gente más o menos normal. Basta un impulso colérico y un cretino borracho se vuelve asesino. Sin señalar a nadie y mejorando lo presente. Los periódicos están repletos de estos crímenes absurdos que nos dan una medida de la inmensa estupidez humana.

Lefort seguía pacientemente el hilo de su idea, que era ir llevando poco a poco los Horripilantes a soltar lastre confesando un contacto anterior con la denunciante.

Una vez establecido este punto, le sería más fácil extirparles una alusión, involuntaria, al misterioso compañero de la señora Ravel.

Prosiguió Lefort:

—La dama pretende también que vosotros estabais enmascarados como niños traviesos durante las primeras horas del viaje. ¿Es que realmente creyeron poder engañar a nadie al quitarse la nariz o barba postiza?

Fern Morel mugió:

—¡Miente la bellaca! Nunca hemos llevado máscaras. Debe confundirnos con una banda de belgas que hacían los payasos en el andén. El tren está relleno de bromistas que van a ofrecerse una semana de juerga a Niza o en Cannes. Nosotros seis estamos en el mismo caso, pero ni yo ni el resto de nosotros tenemos nada que ocultar.

Lefort asintió meneando suavemente la cabeza de arriba abajo.

—Hay ciertas fealdades que no pueden disfrazarse tan fácilmente.

No era por el placer de imponer su talento que se había sentado en la familiar compañía de los Horripilantes. Todos estaban borrachos, incluidas las dos ex ramerías, pero la oscura infiltración del temor se hacía ya visible en cada rostro.

Entre las dos bocanadas de humo, prosiguió Lefort:

—No he interrogado todavía a esta mujer que os acusa. Quería entrar aquí sin ningún prejuicio desfavorable.

—Muy gentil de su parte —canturreó Lidia a su derecha.

—Ignoro todavía lo que ella pudo hacerles y qué clase de marranada le están ustedes preparando. Pero hay algo que ahora sí me parece totalmente cierto. En un momento determinado ella estuvo sentada aquí.

Vosotros creísteis muy gracioso mostrarle únicamente unas carotas de carnaval que solamente engañarían a gente honrada y ahora continuáis mintiendo con propósitos rencorosos que a la larga os perjudicarán.

Desde su rincón, bien protegido, bramó Morel:

—¡Repita esto y por más polizante que sea, le rompemos la cara!

Los demás, se pusieron a gesticular soltando injurias que Lefort escuchó sonriente. Pero de pronto, se levantó y atrajo a Bertin con una sola mano, soltándolo para dejarle sentado en el asiento que acababa de desocupar.

Reinó el silencio. Y antes de cerrar la puerta, anunció Lefort:

—Yo también vi desfilar a los belgas enmascarados. Había un par de mascarones de anchas espaldas que se aprovecharon para deslizarse detrás de las belgas y beneficiarse del barullo. Ahora, ya puedo ir colocando, casi, a cada cual, la carota que llevaba en la estación.

—Continuad riendo, banda de jocundos acretinados. Pero el que avisa es amigo. Os voy a preparar una broma tan asquerosa, que la recordaréis años y años. Beso sus manos, señoras. Que os zurzan a todos juntos. Y será pronto. Abur.

El portazo precedió un hondo silencio.

Los afelpados pasos del comisario Lefort se extinguieron lentamente.

CAPITULO VIII

Ojos cerrados, Clara Ravel se dejaba mecer por el bienestar. El salón-bar desierto y silencioso atesoraba una grata tibieza y el rodamiento del tren apenas era perceptible.

Pensaba en Bergerac. A veces, dislocado como un muñeco bonito sobre las piedras de un talud; otras, perdido en algún lugar del tren que lo colocaba definitivamente fuera de su alcance.

El chasquido amortiguado de una portezuela la hizo alzar los párpados. Un hombre se hallaba ante ella pipa atornillada entre los dientes, y la contemplaba pestañeante por el humo.

Sin, moverse, dijo ella:

—Le conozco. Usted es el comisario Lefort, un gran cazador de estafadores y demás delincuentes de altos vuelos.

Rió él con mueca ahíta, atrajo un sillón y sentóse cerca de Clara.

—¿Qué hace usted en este tren, señora?

—Viajo por cuenta de la Galería Levin. Un buen negocio en perspectiva por los alrededores de Niza.

Habló ella de la virgen de alabastro y añadió:

—Es una maravilla. Espero lograrla. Duerme en casa de un anciano marqués que la conserva encerrada siempre en un armario.

—Explíqueme sus recientes peripecias.

—La culpa inicial la tuvimos Bergerac y yo, al ocupar dos asientos codiciados por energúmenos y resistir. Todo arrancó de esta terquedad.

Poseía la clase de beldad serena y suave que daba la tonalidad legítima de su rubia personalidad y que frecuentemente ocultaba una gran avidez sensual. La madurez añadía un toque de sazón más atractivo.

El comisario Lefort la escuchaba sacando un extraño placer de su contemplación.

Clara relataba sin casi ocultar nada, pero obsesionada por la imagen de Bergerac fue alterando poco a poco la narración. Había bastado una portezuela abierta para de pronto decidirla a defenderle. Inquirió el comisario:

—¿Bergerac no tiene otro nombre?

—No me dio ningún otro.

—Me habla de él, como si le conociera desde hace años. A ver si nos

ponemos de acuerdo, señora...

Había perdido el tono amable. Clara regresó bruscamente a la realidad. Pero el daño ya estaba hecho. Lefort sospechaba otra cosa. Normal. Su desconfianza acababa de despertarse tan súbitamente como antes en el compartimento de los Horripilantes. Insistió:

—Plágame el favor de resumir lo que sepa de este desconocido.

—Nada. Lo juzgue sin indulgencia en el primer vistazo. Es uno de estos muchachos demasiado guapos y muy golosos de los que una mujer sensata debe guardarse como de la peste. Pero me importa muy poco ser vista en compañía de un jovencito, mientras sea limpio y bien educado.

—¿Era ese el caso de Bergerac?

—Era limpio, correcto y educado. Primero me divirtió y luego su valor ante aquellos horribles sujetos me sorprendió agradablemente. Por fin, durante la cena, se confesó por completo con un buen humor tan patético que mi interés tomó un giro inesperado.

Lefort sonreía taimadamente tras el humo de su pipa. Aquella mujer solitaria, desamparada, seguía sin embargo plena de lucidez y su franqueza la hacía simpática. Franqueza a medias.

—¿Dónde la dejó?

—Allí mismo, al fondo del coche comedor. Nos hemos separado como dos duelistas, espalda a espalda, él corriendo hacia la heredera de las Forjas Romajon y yo hacia la piara endomingada que sigue en el compartimento. A partir de entonces, todo se ha derrumbado en torno mío. Y me he arrastrado de pasillo en corredor, como una mendiga, en busca de un rincón tibio donde pasar la noche.

—Ha salido ganando. Aquí se está muy bien. Mañana estará en plena forma para lograr que el marqués le ceda su virgen.

Clara iba animándose. Se decidió a preguntar:

—¿Tal vez conoce a Bergerac bajo otra identidad?

—¿Por qué lo supone así?

—Entramos casi juntos en la estación. Le reconocí a usted. Estaba siguiendo a un joven de estatura mediana, vestido sobriamente, con abrigo gris oscuro y *foulard* azul claro. Era Bergerac. Hasta creí que iba usted a detenerle de un momento a otro.

—Lo soñó. Sí, yo estaba allí, pero no seguía a nadie en particular. Un policía perdido entre la muchedumbre no está obligatoriamente sobre la pista de un malhechor. Si su Bergerac se hallaba delante mío durante algún tiempo, no tenía yo motivo especial para darme cuenta. Dígame, ¿se acuerda del camarero que les sirvió la cena?

—Uno moreno, pequeño, con gafas, casi calvo, nariz respingona.

Lefort fue al fondo, regresando minutos después con un camarero que acababa de abrocharse la chaqueta blanca. Parecía servicial, y sus ojos saltones parpadeaban cordialmente tras los cristales. Preguntaba Lefort:

—¿Ha visto ya a esta señora antes de ahora?

—Sin duda alguna. Primer turno, mesa 6. La señora cenaba con el director de Petróleos y los dos americanos.

Miraba a Clara con completa seguridad y sus gafas echaban destellos. Pacientemente, expuso ella:

—No. Yo cené en el segundo turno. Al fondo, última mesa a la izquierda.

—¡Ya caigo! En efecto, mesa 28, segundo turno. Me acuerdo de los rostros, pero hay un detalle que me ha equivocado; la señora que mencioné llevaba un broche azul parecido al suyo.

—La señora aquí presente no estaba sola. ¿Puede describirme la persona que la acompañaba?

—No cabe duda... Un señor de edad, bastante grueso, con barba...

—Por favor... El barbudo cenaba detrás de mí, frente a una anciana.

El camarero se mordió los labios, empujó sus gafas que resbalaban y miró fijamente a Clara:

—Ya no lo entiendo... ¿Habla usted del primer turno?

—No. Del segundo.

—El barbudo ha cenado en el primero. Me acuerdo muy bien; se pasó todo el rato protestando.

—Había otro barbudo en el segundo turno. Se encontraba sentado de espaldas al señor que compartió mi mesa.

Pero Clara empezaba a inquietarse. El comisario Lefort se limitaba a apretar los dientes en torno a su pipa. La buena voluntad del camarero era evidente? Pero su memoria profesional flaqueaba. Dijo Lefort:

—No nos formemos un taco, amigo mío. La señora aquí presente asegura que cenó en el segundo turno.

—Claro que sí. La mesa 30, la del rincón izquierdo. La señora estaba de espaldas al tabique. No quiso consomé y para empezar serví dos «martini».

—Esta vez, estamos de acuerdo —aprobó Clara, aliviada.

—¿Y el señor? —indagó Lefort.

—¿De quién quiere que hablemos? ¿Del barbudo?

—¡No! Del hombre que cenaba frente a esta señora. Es el que nos interesa. ¿Había alguien ante ella, sí o no?

—¡Claro que sí! Nunca he dicho que la señora estuviera sola.

—Entonces, dígame qué aspecto tenía su acompañante.

—Me parece que serví a dos señoras en la 30. La señora aquí presente y la mujer de cabellos violeta que llevaba una chaqueta de armiño.

—No. Esta era la acompañante del barbudo. Haga un esfuerzo más —invitó Clara.

En silencio, el camarero parpadeó pensativo, como un búho. Sugirió:

—¿Tal vez el joven?

—Describalo —pidió Lefort:

El camarero se colocó la mano ante la boca, abogando una risita necia y dijo en voz baja:

—Jorobado y pelirrojo como el mismo demonio. Un inglés. Solamente bebió una jarra de té...

—¡Bebimos dos medias botellas de «Pouilly»! —gritó Clara—. Y el jorobado cenaba a mí derecha, al otro lado del pasillo.

Se volvió a tender en la banqueta, ahogando sollozos de nerviosismo. El camarero fue retrocediendo, asustado. Lefort estaba habituado a estos interrogatorios ante el testigo-prototipo.

Un desmemoriado que solamente retenía lo superfluo, mezcla más los datos de un caso ya nebuloso, inocenta al asesino y complica al denunciante.

Ante las cabinas del office, el jefe de sala replicó a la pregunta:

—¿Un guapo joven en la 30, segundo turno? Es posible. No lo sé. Desfila mucho ganado humano en tres horas por este salón. Nosotros solamente nos fijamos en los borrachos o los que comen como guarros. No lo sé.

Lefort fue a reunirse con el jefe de tren y el revisor. Comentó:

—Ya no sé qué pensar. Me parece inventar y por otra parte ha tenido seguramente alguna discusión con la banda de pollinos del 26-8.

—También estoy seguro de ello —aprobó el jefe de convoy—, pero parece una mujer extraviada. Sin más equipaje que sus guantes y su bolso. No es mucho para ir de París a Niza. Hable usted.

El revisor, invitado, manifestó:

—Me dio la impresión de la señora que sale de casa para pasear el perro. Iba por el pasillo como si atravesara una calle, mirando a derecha e izquierda. Como si se encontrase aquí por casualidad.

Hizo una pausa mirando de soslayo a Lefort y resumió:

—Pues, sí... Creo que se equivocó de tren, dejando su equipaje y a su acompañante en otro que a lo mejor iba al norte.

CAPITULO IX

Los Horripilantes empezaron a pagar su tributo a partir de Lyon. Dubroc y Bertin habían aprovechado la parada para aprovisionar el compartimento.

Solamente pudieron hallar en la cantina dos frascos de un coñac negruzco que hizo estragos entre la quinta y sexta deglución. Una embriaguez turbia y nauseabunda sustituyó la larga llamarada que los había mantenido eufóricos hasta entonces.

Fern Morel se levantó de pronto, con cara de angustia, buscando algo en rededor y solicitó con voz agonizante:

—¿Dónde está la puerta?

Se la señalaron ayudándole con empujones solapados y salió entre un coro de silbidos. Regina acusó furiosamente a Dubroc:

—¿De qué te carcajeas, animal? Tampoco estará muy bonito cuando te agarre el vértigo. Cualquiera puede indisponerse, ¿no?

—Seguro que sí, pero es la primera vez que veo a Fern besar la lona, cuando apenas comienza la fiesta. Por más que adoremos a tu hombre, nos divierte tumbarlo por más de la cuenta.

Rencorosa, encogió Lidia Vascondi los hombros.

—¡No conocéis a este lechón! No está más borracho que yo ni nadie. Despistó para salir galopando a perseguir a la jamoncita chota hasta acosarla contra la locomotora.

Regina le soltó un bofetón. Lidia lo devolvió amplificado. Con grandes esfuerzos, consiguieron ellos separar las dos arpías.

Pasaron diez minutos y Morel no había regresado. Gruñó Vascondi:

—Con la trompa que se gasta, es capaz de confundir la puerta de salida con la del compartimento y pegarse la gran cabriola por los aires. Vaya alguien a ver.

Dubroc encontró a Morel rodando como un barril, de pasillo en pasillo, en la vana búsqueda de su rincón extraviado. Dubroc dijo afectuoso:

—¿Ya va mejor la tripa, lechoncete? Hay que volver al pesebre. Tu gordita y los compinches están muriéndose de angustia...

La angustia la había producido el coñac adulterado. Regina había bajado el cristal y el aire helado azotaba los rostros tirando a verde.

Desparramándose en su rincón, gemía Morel:

—¡Tengo sed! ¡Algo fresco! ¡Traigan algo fresco o estiro la pata!

—Déjate ahora de querer dar coces —protestó Regina.

—Quiere decir que palma, que espicha, que casca —aclaró Bertin.

Y pleno de lealtad, menos bebido, emprendió titubeante el camino hacia el salón-bar. La puerta estaba cerrada, pero había algo de luz en la raya bajo la puerta.

Clara estaba sola desde hacía unos instantes. Oyó primero golpear suavemente y cada vez más fuerte. Por fin, alguien empujaba con todo su peso contra el batiente que crujió.

Apartando la manta, se levantó Clara y, aproximándose, reconoció a través de los oscuros cristales, el rostro lunar del gordo joven que había requisado el asiento de Bergerac. Con impulso colérico, abrió:

—¿Qué quiere?

A solas, privado del apoyo de sus mayores, Bertin no era más que un palurdo sin aplomo. No intentó siquiera entrar y su boca se torció amablemente en sonrisa.

—Yo... Bueno... ¡Eso es! ¡En marcha, un par de gaseosas! Urge...

—¿Un par de gaseosas, eh? —silabeó Clara con odio—. El bar está cerrado y el servicio duerme. Beban agua del grifo, que es más buena para los cerdos de dos patas. Y dígales de mí parte que el viaje de regreso lo harán gratis. El menos idiota de todos, tal vez comprenda.

Restalló cerrando y pasó el cerrojo. Clara estaba ya enojada antes de la breve visita de Bertin. Había traicionado, sin remordimiento, las últimas confidencias de Bergerac.

Clara le achacaba toda la responsabilidad a Hilda Romajon por la desaparición de Bergerac, y reveló al comisario el lugar de la cita.

Lefort estaba consultando la hoja de reservas del camarero del coche-cama tres. El nombre de la multimillonaria enamorada no figuraba.

—Iremos a ver de todos modos.

El camarero insinuó su protesta:

—La persona ocupante debe estar durmiendo. Puede quejarse...

—Lo cual me importa un rábano.

A las primeras llamadas, una voz de bajo refunfuñó imprecaciones tras la puerta de la cabina 11. Provisto de la llave maestra, Lefort abrió y, entrando, cerró con las espaldas.

El durmiente se incorporó en la litera, erizando el cabello. Su rostro largo de macho cabrío, con ancho mostacho negro, expresó de pronto recelo. Su mano se deslizó bajo la almohada mientras farfullaba:

—¿Qué quiere usted?

Con desdeñosa frialdad, expuso Lefort:

—Nos conocemos muy poco todavía. Usted se llama Goret y trabaja para el granuja de Perron que se gana la mantequilla contribuyendo a que las parejas divorcien. Compruebo que los informes privados y sucios dan buenas ganancias.

Su mirada abarcaba la intimidad confortable de la cabina. El llamado Goret recobró su habitual aplomo y solamente pareció algo molesto por haber sido sorprendido luciendo un pijama mugriento.

Con sarcasmo, agregó Lefort:

—Pensaba sorprenderle en idilio con la mujer cañón. Hilda Romajon, ¿le suena?

—Lo oigo por vez primera. ¿Quién es ella?

—Eso quisiera yo saber. Ocupa usted precisamente la cabina donde alguien se proponía encontrar a la tal Hilda esta noche, entre diez y once. ¿Nadie vino a llamar a su puerta?

—Nadie. Yo viajo por negocios. Es un cliente de la Agencia Perron que ha pagado mi actual confort.

—Se decidió usted muy aprisa. El tren estaba en marcha ya cuando usted seguía paseando nerviosamente por el andén. Le vi saltar acrobáticamente en un coche de primera. ¿Tras quién corría?

Goret meneó la cabeza y se introdujo un meñique en una oreja, barrenándola como para destaponarla y dijo tranquilamente.

—No siga o me muero de risa.

Volvió a resbalar bajo las sábanas y mantas.

Lefort anunció:

—Voy a hacerle una confidencia, Goret. Si este viaje es alterado por algún asunto sucio, procuraré hundirle a usted hasta el cuello, removiendo el barro de su presente y pasado. Buenas noches, granuja.

Fuera interrogó Lefort al camarero, pasillo adelante:

—Alguien vino a llamar a esta puerta, digamos a partir de las diez. Usted tuvo que verle, forzosamente.

—Puede que sí, pero estoy muy atareado. Camas por retocar, mantas, y es la hora en que me llaman constantemente para agua mineral o *whisky*. Además, al término de cada turno de cena, el pasillo es un vaivén constante.

—Preguntó por un joven, rubio, guapo, bien vestido, apenas veinte años, traje gris oscuro, corbata azul clara, tal vez algo ebrio... ¿Recuerda?

—No. En este coche no hay más que un jovencito. Un inglés jorobado. Le vi pasar, sin esconderse, y no llamó a ninguna puerta. Figúrese el jorobeta, ¿eh?

Regresó Lefort al salón-bar y, sentándose junto a Clara, afirmó:

—Bergerac le mintió. Hilda Romajon nunca subió al tren. Su cabina está ocupada por un hurón que conozco y que se hace el ignorante.

—Entonces, le tendieron la trampa tal como imaginé. Creía hallar a su multimillonaria y topó con el asesino pagado por el tío Gustave.

—Bergerac se burló de usted. Su Hilda no es más que un figurón fabricado por un mitómano.

Clara no había, pensado en esa eventualidad. La encontró agradable.

Inexistente la obesa ricachona, quedaba Bergerac y su sonrisa, Bergerac y su honda melancolía íntima. Pero arguyó ella:

—Hay detalles que un muchacho calculador no inventa. Los muchos millones de la sociedad Romajon.

—¿Se cree el cuento? Las Forjas Romajon no existen, ni en Francia ni en ninguna parte. Estoy bien situado por mí profesión para conocerme a fondo el Gotha industrial.

Lefort rellenó su pipa mirando amistosamente a Clara. Y sondeó en voz baja, afable:

—¿Quién sabe? Tal vez Bergerac mismo no estaba en este tren...

Aguardó pacientemente, entornados los párpados. Ella, con voz casi abogada por el asombro, manifestó:

—¿Me cree acaso loca? Bergerac estuvo conmigo. La gentuza que nos insultó acabará por reconocer que mintió. Y si ahora ya no está Bergerac en el tren, es porque ha desaparecido, tal vez por culpa de esta banda de horrorosos embusteros.

El jefe de convoy, al final hacía señales. Indicaba el bolso de Clara abandonado en un sillón. Levantándose, dijo Lefort:

—Duerma tranquila. Tarde o temprano brota la verdad.

Junto al sillón cogió el bolso y, parapetado por sus anchas espaldas, lo registró. Nada de particular. Salvo un portacarnets. Había una esquina de cartulina sobrepasando tras el permiso de conducir. Sacó Lefort la cartulina.

Un impreso de una sociedad de Asistencia Médica. En el adverso en grandes mayúsculas, leíase: «Soy amnésica», y al dorso una lista de recomendaciones y la dirección del doctor al que había que avisar en caso de urgencia.

El jefe de convoy y el revisor leyeron también el clínico. Molesto, murmuró Lefort:

—Debimos pensar en ello antes. Esta mujer no se halla en su estado normal.

—Salta a la vista —diagnosticó el revisor.

Regresaron sobre la punta de los pies hacia Clara, visitándola en silencio, como a los enfermos graves. Abrió ella los ojos y adivinó un cambio en su actitud. Ya no eran hombres recelosos, sino muy atentos y afectuosos. Suspiró ella:

—¿Me creen ya por fin?

Lefort, con sonrisa conciliadora, aseguró campechano:

—Lo creemos todo. Los monstruos del compartimento octavo, Bergerac, Hilda, las Forjas Romajon y todo lo demás. Por el momento, sea usted buena, quédese quietecita y procure echar un sueñecito. Faltan solamente unas cinco horas para llegar.

—¡Se lo ruego! ¡Procure aclarar lo que le pasó a Bergerac!

—Descuide. Puede que lo encuentre usted dentro de poco, en Niza o en otra ciudad, ¿eh?

Y el exceso de compasión le hizo cometer a Lefort un error, al añadir:

—Nos cuidaremos de usted. Unos cinco o seis días de buen reposo en una clínica de flores y saldrá completamente nueva.

Asombrada, debatió ella:

—No estoy enferma.

Se incorporó súbitamente al descubrir la expresión apenada de los tres hombres. Exclamó:

—¡Registraron mi bolso y hallaron la tarjeta clínica de atenciones! Es absurdo. Hace ya dos años que fui dada de alta. Quedé bajo control médico unos meses, después de un grave accidente de coche, pero nunca tuve la menor crisis de amnesia.

Un poco confuso, Lefort se guardó de contradecirla. Dijo cariñoso:

—Duerma tranquila. Duerma —y los tres se fueron, cerrando muy suavemente.

CAPITULO X

Un sol radiante taladraba los cristales de la Estación Central-Niza. Los Horripilantes bajaron del tren con rostros lívidos, ojos de besugo muerto, sin darse cuenta del policía barrigón y sonriente que les seguía.

Horas antes, el comisario especial había recibido telefónicamente la consigna de «localizarles» por dónde fueran. Una atención que no pertenecía al comité de Turismo y Bienvenida.

Los dos agentes jugadores de ajedrez desfilaron, sosteniendo afectuosamente por un brazo al asesino calvo.

Saltando del coche cama tres, el privado Goret de la Agencia Perron, se halló por casualidad entre el trío y el comisario Lefort que cerraba la marcha, echada el ala del sombrero sobre los ojos.

Clara apareció en la portezuela, normalizado su aspecto. Una ducha y un sobrio maquillaje le habían devuelto su serenidad habitual.

Lefort la siguió, extrañado. Los funcionarios del tren habían recomendado a su protegida fuera directamente al comisario especial para presentar su denuncia.

Pero ella tomaba la dirección opuesta. Los jardines y el mar aparecieron bajo las palmeras de La Promenade. Caminaba ella elásticamente y un poco antes del boulevard Gambetta se eclipsó.

Lefort creyó por un instante que ella le había visto y acababa de dar el esquinazo. Pero le tranquilizó descubrir los suntuosos escaparates de la Galería Levin.

En su interior, Clara evolucionaba como por su casa en medio de un decorado exquisito de gusto refinado.

El gerente de la sucursal de Niza era un hombre macizo que circulaba como un elefante por su tienda de antigüedades y porcelanas. Se llamaba Blum y preguntó muy cortésmente:

—¿Su viaje resultó muy pesado?

Clara Ravel, con indiferencia, contestó:

—Todo fue bien. Dormí de un tirón. Si acaso un poco molida. Nada más.

—El coche pasará a recogerla en un instante. Como es natural, nadie sabe todavía que Levin desea conseguir esta maravilla. Confío en que la subasta la ganará usted. Apenas lo consiga, telefonee y llamaré al patrón.

Acudía la señora Blum, una joven morena y sofisticada.

—Hola, Clara. Cenaremos los tres esta noche en Dom Perigord, ¿de acuerdo? Y luego, si no está muy cansada, haremos la gira de los bailes de máscaras.

Clara logró sonreír:

—No cuenten mucho conmigo para la segunda parte del programa.

—¿Por qué? ¿Le dan miedo los enmascarados?

—No, pero ya vi demasiados en el tren.

* * *

En el comisariado especial, un inspector acudió hacia la una al despacho del jefe, el riente y peligroso comisario Paoli que inquirió amablemente:

—¿Primer localizado? ¿Nuestro hurón de la Agencia Perron?

—Comió tres pizzas y bebió un litro de rosado en la plaza Palavicini. Faltando diez minutos para el mediodía, según mis informes, miró nuevamente su reloj.

Salió apresuradamente, tomando el tren «Mistral».

—Magnífico. Un apestoso menos. Pasemos al comando de Montmartre.

—Siguen en el Grimaldo, un hotelucho. No les aceptaron en ningún otro hotel, debido a sus caras siniestras y a sus ropas manchadas de vómitos. Sigue un agente a la vista. No creo que despierten hasta tarde.

* * *

Los Horripilantes dormían los seis en una habitación, amontonados en dos camas. El estruendo de sus ronquidos y otros rumores invadía todo el piso.

A las cuatro de la tarde. Fern Morel se despertó al oír recias llamadas en la puerta. Era el camarero que regresaba de la lavandería con los vestidos y trajes. Encargó Morel, reanimado:

—Nos subes una jarra de *whisky* escocés, un cubo de hielo y soda. ¡Galopa, mozo!

Fue sacudiendo a los durmientes, que uno a uno emergieron de su catalepsia.

Las dos mujeres tenían peor aspecto que nunca. Empezaron por declarar que abandonaban toda intención de festejos. Pero el primer sorbo de alcohol, en seco, fue disipando depresiones.

El segundo chorro hizo aparecer alguna mueca parecida a sonrisa. La tercera dosis produjo jovialidad y tanto Regina como Lidia se declararon

dispuestas al festival.

Pasaron bajo la ducha en medio del entusiasmo general.

Calzando sus zapatos puntiagudos, bramó Vascondi:

—Muevan las carnes aprisa ahí dentro. El patrón está ya impaciente.

Fern Morel volvía a repetir:

—Eso es. Una gira morrocotuda. Empezaremos por hartarnos en un pesebre de princesas y estrellas. Luego, una vuelta por el casino y para acabar, irrumpiremos en escuadrón por el viejo Niza, para encanallarnos un poco, pero a lo grande.

Saliendo del cuarto de aseo, inquirió Lidia, excitada—: ¿Nos disfrazamos?

—¡Claro, pichona! Hay que seguir la corriente a la gente que sabe. Por otra parte, el mejor sistema para carcajearse sin riesgos.

Dubroc tenía su idea fija y con sonrisa demoníaca manifestó:

—Cabe la posibilidad de que volvamos a encontrar a la jamoncita de anoche. ¿Qué podemos hacerle que resultase divertido de veras?

—La acorralamos en un rincón poético —sugirió Morel—. Invitándola a bailar la pavana, el minué y la polka.

—Yo prefiero el «cha-cha-chá» —silbó Bertín, babeante.

—Habrá para todos los gustos. Y si sale, viva, será que está fabricada anatómicamente en acero cromado —rió complacido Morel.

Salieron del Grimaldo parpadeando estúpidamente bajo la ardiente luz del atardecer.

A unos cien metros, en el Paseo de los Ingleses, Clara Ravel se apeaba de un «D. S», abrazando un gran capazo de esparto.

Blum y su esposa la esperaban radiantes en el umbral de la tienda. Anunció Clara sonriente:

—El marqués no pudo facilitarme nada mejor para el embalaje.

Pasaron a la sala del fondo, donde Clara, abriendo el capazo, despojaba muy suavemente lo que parecía una momia envuelta en vendas de algodón.

Apareció la virgen antigua, dorada por cinco siglos de pátina, recubierta de esmaltes verdes y rojos que cabrilleaban como sedas bajo la luz. Colocada sobre un zócalo en hornacina de negro terciopelo, cobró de pronto un maravilloso esplendor.

Blum iba sacando fotos. Comentó Clara:

—Es un prodigio que no tiene precio. El coleccionista de Texas lleva un tesoro, aunque pague cien mil dólares.

—¿Cuándo marcha usted?

—No tengo prisa. Posiblemente mañana noche.

—Entonces, déjemela hasta entonces. Iluminará gloriosamente nuestra vitrina blindada durante una jornada. ¿Dónde se hospeda?

—Levin me hizo reservar habitación en el Sussex, aquí cerca.

—Pasaremos a recogerla a las ocho.

Acompañándola hasta el umbral, dijo Blum algo molesto:

—Ah, se me olvidaba... Han telefoneado desde la estación Central. El comisario especial, un tal Paoli, quisiera verla lo antes posible. ¿Algún pequeño incidente durante el viaje?

—Nada grave. Mi maletín desapareció en el tumulto de la llegada. Seguramente lo habrán hallado.

La acogida riente del comisario la tranquilizó de inmediato. El corso Paoli era un hombrecillo alegre y dinámico, de crespos cabellos y rostro de árabe.

Sus ojos negríssimos se encendieron como carburos cuando vio avanzar la rubia sazónada y elegante, por el estrecho reducto deslustrado que le servía de despacho. Con fuerte acento canturreó Paoli:

—Soy un criminal al hacerle perder un poco de tiempo cuando resulta tan agradable vivir. ¿Vio qué sol nos gastamos por aquí? Pero no la retendremos mucho tiempo, tranquilícese. Primero, firmeme este papel que relaciona el robo de su bagaje. Aunque su pérdida no sea importante, el delito puede resultar interesante para nosotros, señalándonos una pista ya rastreada.

Clara firmó creyéndose ya fuera de otros trámites. Paoli rio contento al exponer:

—Y ahora pasemos a lo principal. Imagínese que esta mañana, el comisario Lefort, me explicó a fondo su aventura de esta noche. No parecía, pero nada, convencido.

—Lamento haberle ocasionado molestias. Todo lo sucedido ha sido como una pesadilla, y ya carece de importancia para mí.

—Pero no para nosotros. El teletipo general de la red ferroviaria me transmitió esta tarde una noticia que acredita bastante su relato, señora Lefort ya ha mudado de parecer y este es el motivo por el cual se halla usted aquí.

Repentinamente, sintióse Clara invadida por un frío penetrante. Pero permaneció exteriormente impasible.

Paoli compulsó varios cables de teletipo y extrajo uno. Fue resumiendo:

—Esta mañana ha sido descubierto, en la vía férrea París-Dijon, en el kilómetro 254, cerca de Montenlair, el cuerpo destrozado de un individuo que debía tener entre veinte y veinticinco años. En el momento de ser descubierto la muerte remontaba a ocho o diez horas antes, es decir un intervalo abarcando de las diez de la noche a la medianoche. Los restos no han podido ser todavía identificados. No llevaba encima más que un poco de dinero, algunos papeles dudosos y un cuchillo de muelles.

Tiró el papel sobre la mesa y contempló a su visitante con amplia sonrisa.

—En resumen, que haya habido accidente, asesinato o suicidio, es muy

posible que este desgraciado haya caído del tren en que iba usted.

Bajando los párpados, Clara se esforzó en pensar con frialdad; después de todo Bergerac había tenido la muerte que merecía.

Paoli se levantó, siempre sonriente.

—¿Quiere seguirme, señora? El comisario Lefort nos espera al lado. Le ha preparado una pequeña sorpresa.

CAPITULO XI

La sala contigua servía de retén permanente al comisariado especial, pero una consigna la había vaciado momentáneamente de sus ocios.

Lefort se paseaba ante las grandes ventanas enrejadas. Dos jóvenes inspectores montaban guardia a la izquierda de la gran estancia.

Hacia este lado volvió la cara Clara y se endurecieron sus facciones. Dos hileras de tres sillas alineadas unas frente a las otras, a un metro de intervalo, reproducían la disposición de un compartimento de primera.

Cada silla estaba ocupada por una persona enmascarada, sentada con rigidez, cruzadas las manos sobre las rodillas.

Las seis máscaras no eran las del tren, pero Clara reconoció inmediatamente el astracán de la mujer morena y el abrigo color canario del hombre con cara de verraco que, ahora, llevaba un hocico igual, aunque más colorado.

Los Horripilantes parecían petrificados como muñecos de cera. El comisario Lefort tomó a Clara por un brazo llevándola hacia la larga mesa que venía a formar como un cierre del compartimento. Dijo satisfecho:

—Ahí los tiene. Los han recogido cuando se disponían a renovar sus hazañas. Puede comprobar que guardan un silencio correcto y se comportan con cortesía.

Colocando las manos sobre la mesa, se inclinó Lefort hacia los viajeros inmóviles.

—Espero que la memoria les funcione bien y mejor que anoche. No veo todavía de qué les sirvió mentir, pero aquí los embustes cuestan caro y les conviene ser razonables. La señora Ravel aquí presente podría con una sola palabra enviarles a la cárcel. Vamos a reanudar la controversia para esclarecer un punto esencial. ¿Sí o no esta señora salió de París en el compartimento que esta mañana abandonaron al llegar a Niza?

Los seis mascarones permanecieron en silencio. Luego, Fern Morel volvió lentamente la cabeza hacia Vascondi que había trocado su careta de polichinela por una capucha de penitente. Restalló la cavernosa voz del corso Vascondi:

—¡No! Esta señora no fue en ningún momento nuestra vecina de compartimento. La hemos visto aparecer en el pasillo hacia las diez, para reclamarnos un sitio que no le pertenecía, y su equipaje, que nos acusaba de haberlo robado. Nada más.

Fue mirando Lefort a los demás:

—¿Todos de acuerdo?

Uno tras otro, los enmascarados inclinaron la carota para asentir, pero nadie expresó la negativa en voz alta y la unanimidad parecía carente de entusiasmo.

El comisario Paoli llegó por atrás, para atacar por retaguardia, con entonación zumbona:

—¡Cabecitas de cartón! Desde las dos de la tarde, el testimonio de la señora Ravel vale cien mil veces más que el vuestro, y a ver si adivináis por qué.

Se calló. Los Horripilantes manifestaron su malestar con un leve balanceo de busto. El sudor empezaba a manar bajo sus máscaras. Lefort adoptó un tono muy amable para darles las últimas noticias:

—El «París-Costa Azul» transportaba anoche, entre dos mil pasajeros, un desgraciado joven al cual le hicieron dar una pirueta mortal por una portezuela, en las proximidades de Montclair. Ahora bien, a esta hora, dos individuos estaban rondando por la sección de pasillos separando vuestro vagón del coche comedor. La señora Ravel los ha visto.

Fern Morel tragó saliva bajo su máscara. Ya había durado bastante la broma. Sentía aproximarse un mal golpe y deseaba esquivarlo sin importarle mostrar su poltronería ante los demás. Dijo con voz insegura:

—No era yo. Porque yo no me moví de mi rincón.

—Yo tampoco —afirmó el penitente.

Enfrente a ellos dos, las esposas mantenían una rigidez cadavérica. Lefort invitó con amenazadora dulzura:

—Bien, demostradlo.

Morelladeó el hocico hacia Clara.

—Puesto que esta dama ha visto los rondadores de anoche, podrá atestiguar honradamente que yo no era uno de ellos.

—Yo tampoco —añadió Vascondi.

Lefort apuntó con el índice:

—¡Los dos! Tenéis permiso para que os quitéis la carota. La falsa.

Vascondi se despojó velozmente de su caperuza blanca. Fern Morel despegó penosamente su hocico que se le adhería a los mofletes.

Los dos rostros aparecieron con el visaje personificando el miedo, tan contritos y lastimosos que una carcajada poco caritativa sacudió a los policías presentes.

Clara emitió su parecer con voz decidida:

—Estos son los dos hombres que me persiguieron por los pasillos.

Lefort se inclinó del lado de las mujeres, sonriente:

—Pueden ustedes ponerse cómodas también.

Regina y Lidia ya estaban al borde de la asfixia. Se arrancaron las caretas de pepona bonita que ocultaban sus devastadas bellezas.

Animándose, atacó Clara:

—Son estos cuatro infrahumanos los que me injuriaron y humillaron sin la menor contemplación durante las dos horas que estuve en el compartimento con ellos.

El alivio extraviaba a Morel. Adoptó cara de buen hombre y sin darse cuenta resbaló al decir:

—Bueno, queríamos solamente bromear un poco...

Cerró la boca como un alicates, pero ya era tarde. Rió Paoli.

—Continúe, amigo, ya está usted lanzado por la buena pendiente. Un patinazo lo da cualquiera. Callarse ahora sería un grave tropezón.

Encajados en sus respectivos rincones, Bob Dubroc y Bertin estaban padeciendo horrores, en silencio. El matón del Picnic se había empotrado una cabeza de gorila y el benjamín lucía una cara de caníbal adornada con tatuajes blancos y dos apretadas hileras de largos dientes.

Sus alientos silbaban por la rendija demasiado estrecha de sus falsas bocas. Enmascarados, resultaban más fáciles de traicionar y Fern Morel se abandonó a las revelaciones:

—Pues, sí, esta señora estaba en nuestro compartimento antes de salir de París. La hemos mortificado un poquito con la esperanza de que se iría a otra parte.

—¿Sola?

Desprevenido, marcó Morel una breve pausa titubeante. Quiso redimirse ante su grupo con una mentira y masculló:

—Sí. Estaba sola.

Divertido, preguntó Lefort:

—Que uno de los dos señale el lugar que ocupaba la señora Ravel y el que lo ocupa ahora bastará que se retire del juego.

Sin volver la cabeza, Vascondi asestó un fuerte codazo a su vecino de la derecha.

El gorila se levantó sobresaltado, contorneó las dos hileras de sillas y se refugió perezosamente en lugar apartado. El comisario se inclinó hacia Clara:

—Perdone que le imponga esta pequeña molestia suplementaria. ¿Quiere ocupar el asiento que era suyo?

Lo hizo ella prontamente, sentándose en la silla abandonada por Dubroc. Lefort prosiguió:

—¿Había alguien delante de usted?

Clara inclinó la cabeza secamente.

—¿Quién?

—El joven que me reservó este sitio. No lo he vuelto a ver más.

—¿Era este quizá?

Lefort alargó el brazo, arrancándole la máscara al caníbal. Clara estuvo a punto de chillar. Se distendió al descubrir el rostro escarlata de Bertín,

alias Cara Luna.

—¡No! —denegó ella con fuerza.

—Entonces, ¿aquel?

Lefort hizo una señal al gorila y Dubroc destornilló precipitadamente la cabezota peluda, mostrando su nariz rota, sus dientes postizos y su espantosa faz de perdonavidas.

—¡Tampoco! —denegó Clara rabiosamente.

Lefort tocó el hombro de Bertin:

—Usted, vaya a los entretelones con su amiguete.

El benjamín del Picnic se levantó aprisa para reunirse con Dubroc que rebosaba ferocidad en los saltones ojos.

Lefort dirigió la palabra a los cuatro restantes de la pandilla.

—Nada se mueve alrededor de ustedes —dijo en tono afable—, pero están yendo embalados a ciento cincuenta por hora hacia la peor cárcel del departamento, Ahora disponemos de un sitio vacío en su compartimento, el sitio del muerto, que ustedes pretenden no haber visto nunca cuando estaba con vida.

Hizo una pausa efectista antes de añadir:

—Traten de hacer memoria. Estamos archiciertos que han mentido los seis. En consecuencia, el testimonio de la señora Ravel prevalecerá siempre sobre el vuestro. ¿Está bien claro o lo repito?

Estaban copados, pensó Morel congestionándose. Y ya que era preciso arrojar lastre, empezó a hacerlo:

—Bien, bueno, bien... Es exacto. La señora subió con un joven y los dos ocuparon el rincón cerca del pasillo, izquierdo y derecho, claro. Nos molestó, lógicamente, puesto que éramos seis y no queríamos que los dos compañeros nuestros pasasen la noche con gente desconocida. Entonces nos dedicamos a hacerles la guerra fría a los vecinos, sin maldad, solamente palabrejas y choteo. Además, el joven no era nada manso con el cuchillo que se sacó del sobaco y que nos enseñó de pronto. Bueno, cuando se fueron a cenar, decidimos que el compartimento ya iba a ser nuestro.

Suavemente indagó Lefort:

—¿Y los equipajes?

El rojo congestionamiento de Morel se hizo algo violáceo.

—Volaron por la ventanilla... Pero estoy dispuesto a pagar con creces el pequeño estropicio. Me sobra moneda por los bolsillos y tengo avaladores hasta en Niza. La señora bastará que me presente la factura y el joven también.

Lefort expuso:

—Hay una pega. Ustedes estaban borrachos perdidos y en tal estado, son capaces de todo, por pura estupidez... Una hora después de abandonar el compartimento, el joven volaba por una portezuela. Y la señora Ravel hubiese posiblemente, seguido el mismo camino, si el pánico no les

hubiera dado flojera.

La acusación hizo surgir bruscamente la tempestad sobre las sillas unidas. Las dos arpías se irguieron de un salto, alternando sus conyugales reprimendas:

—¡Defiéndete, calzonazos!

—No te moviste del compartimento, animal.

—¡Todo es culpa de este par de cretinos!

—¡Dubroc y Bertín, no pueden discutir ni un minuto con desconocidos sin lanzar amenazas de muerte!

—¡Dilo ya, borrico! Nunca hicieron mucho mal, pero hemos de salir del avispero donde nos han metido tus dos amigotes.

Regina Morel iba a abalanzarse hacia Dubroc y Bertín, pero los policías se interpusieron riendo. Clara aprovechó el tumulto para abandonar su silla y pasar al otro lado de la mesa.

Cuando se restableció la calma, Lefort le señaló a los dos réprobos que ronroneaban furiosos en su esquina.

—¿Son ellos dos los que la persiguieron hasta el coche comedor?

—Estoy plenamente segura. Sería preciso viajar cien años por los cuatro puntos cardinales para encontrar dos esperpentos iguales en un mismo tren nocturno.

Reinó un largo silencio, y Lefort se volvió hacia Paoli.

—Son todos tuyos. ¿Qué decides?

—Sencillo. Los instalaré a los seis en celda a la espera de la petición judicial de Dijon.

La amenaza no abatió por completo a los Horripilantes. Morel rió agriamente al afirmar:

—No pasaremos ni diez segundos en sus celdas. Telefono a mi abogado, es mi derecho de ciudadano contribuyente, y recibiréis por directo un buen trompetazo de las altas autoridades. No hay derecho de que paguen todos porque un imbécil se cayó del tren.

Bob Dubroc rugió:

—¡Yo no le empujé! ¡Y la señora no tenía nada que temer! Queríamos solamente divertirnos un poco.

El comisario Paoli dio lentamente vuelta en torno a la mesa con las manos a la espalda y con entonación trivial expuso:

—Hemos recibido el retrato de la víctima. Una excelente foto que no puede engañar a nadie. Presten atención. Tal vez reconozcan al joven que estuvo dos horas con ustedes, sentado frente a la señora Ravel. Vuestra situación no se agravaría ni mucho menos. Se trata simplemente de contestar sí o no, y sobre todo, no añadir una mentira absurda a todas las de anoche.

Éste se aproximó al rincón donde Dubroc y Bertin pataleaban impacientes, y les presentó repentinamente la fotografía.

Los otros cuatro habían girado la cabeza y miraban ansiosos. Vieron iluminarse súbitamente el rostro del bruto y del mofletudo.

Dubroc exclamó jubiloso:

—¡No es él, vaya que no!

Bertín mecía a un lado y otro su cabezota redonda con gran convicción en su riente y negativa.

Paoli no insistió y se dirigió hacia el compartimento de sillas. Los Morel y los Vascondi alargaron los cuellos hacia la foto. Al unísono clamaron:

—¡No es él! ¡Ni hablar!

Paoli volvió a contornear la mesa por el otro extremo, y al pasar delante de Clara le presentó de pronto la fotografía.

—¿Y usted qué opina, señora?

En un lapso de tiempo infinitamente corto, Clara vio alzarse un rostro joven y adusto, de ojos cerrados. Pero no, era el rostro de Bergerac.

La frente era más estrecha, la barbilla más ancha y la boca tenía un frunce maligno.

Una gran alegría la invadió de pronto, pero sin vencer la cólera que seguía incubando contra la pandilla ofensiva.

Esta vez por fin, la mentira iba a darle a ella satisfacciones.

Su semblante permaneció sereno y dulce. Susurró:

—Sí. Es él. Un joven que nunca vi hasta anoche y que se llamaba Bergerac.

CAPITULO XII

La furgoneta policial acababa de llevarse a los Horripilantes con destino a una fonda con barrotes en las columnas. La gran estancia estaba vacía, aparte Paoli y Lefort.

Un individuo mostachudo asomó en el umbral su cara de chivo. Y al reconocerle, comentó Lefort sardónico:

—La agitación humana no tiene freno. No sé qué enfermedad padece usted, pero viaja con la velocidad del rayo. ¿Qué quiere ahora, Goret?

El investigador de la Agencia Perron mostró un periódico.

—Conozco al fulano que se zambulló en la noche. Como íbamos en el tren, él y yo, supongo que mi testimonio puede servirle de algo.

Lefort, escéptico, cogió la foto del difunto presentándola a Goret.

—He aquí su cabeza sacada al tamaño natural. ¿Quién es?

—Un perseguidor de jamonas, categoría superlujo. Cambia de nombre veinte veces por año al cambiar de otoñal y de hotel. Para mí este angelito no tiene más que un verdadero nombre: Bergerac.

Goret iba a continuar, pero se calló al divisar a una mujer elegante, que se mantenía algo apartada.

Clara, silenciosa y pensativa, contemplaba el rojizo ocaso apagarse tras los cristales. Volvía la espalda a los dos hombres, y Lefort señalándola, dijo en voz, baja:

—La señora Ravel, nuestro testigo número uno. Pasó dos horas en el mismo compartimento que Bergerac y cenando con él.

Mostró Lefort nuevamente la foto, añadiendo:

—Ella he, reconocido también a Bergerac. Nos basta para establecer la identidad del muerto. Queda por saber quién lo empujó:

Goret murmuró:

—Yo lo sé.

Lefort comprendió el deseo de confidencias de Goret. Avanzó hacia Clara para decirle:

—No la retengo más. Puede considerar que el caso está casi terminado, por lo que a usted se refiere. Lógicamente, el mismo anonimato se lo garantizo durante toda la investigación. ¿Cuándo regresa a París?

—Pasado mañana noche. Tengo ya sitio reservado en el Tren Azul.

Acompañándola hasta la puerta, insinuó Lefort:

—Si por casualidad fuese necesario escucharla otra vez, el comisario

Paoli ya la hará avisar al hotel Sussex. Por consiguiente, no altere para nada sus planes.

De paso, Goret valoró el traje chaqueta de alta costura de Clara, el hermoso brillante que destellaba en su mano izquierda, su buena figura, pese a una edad indefinible, y la miró alejarse con devoción, como una muy posible cliente futura de la Agencia Perron.

Lefort regresaba hacia él. Su rostro ya no sonreía amable. Dijo:

—Ya puede hablar ahora. Mano a mano.

—Perdón, pero somos tres.

El comisario Paoli no se había movido. Sentado en el borde de la mesa, esperaba con lasitud el final de la larga jornada. Lefort puntualizó:

—El caso no es de mi incumbencia, Goret. Yo estoy aquí a mil kilómetros de mi sector. ¿Quiere atestiguar? Hágalo ante mi colega que está en su casa entre estas cuatro paredes. Sólo él tiene derecho a actuar.

Goret sonrió apenado al decir:

—Dado lo que tengo en mi archivo secreto, solamente puedo hablar ante usted. No pueden citarse altas personalidades, así como así. Ahora bien, su especialidad, Lefort, son las delegaciones judiciales discretas y reservadas. Si hablo ante otra persona, corro el riesgo de perder un gran cliente por pura negligencia.

Abriendo la puerta de su pequeño despacho, rió Paoli:

—¡El señor es delicadísimo! Entre y podrá vaciar su saco de basura. Oye, Lefort, me largo. Nos vemos en casa de Nina. Te dejo dos agentes de retén aquí.

Lefort se encerró con Goret en el estrecho despacho iluminado eléctricamente:

—Bien... Lo que quería revelarme, ¿es acerca de Bergerac?

—Sí. Fui yo quien lo empujó.

Instalándose en un sillón, sonrió enigmático. Lefort no respingó. Conocía el estilo de los privados como Goret. Le preguntó:

—¿Con las dos manos o a patadas?

—Con esto —y Goret se tocó la frente—. Con mi cerebro.

—Bien. Desembucha tu cuenta rápidamente. Por otra parte, pudo hacerlo anoche cuando le visité en su lecho perfumado y coquetón.

—No sabía yo todavía lo que iba a pasar.

—¿Y qué pasó?

—Bergerac se cayó del tren. Se esperaba algo parecido aunque no estaba previsto como infalible.

—Lo infalible es que es usted un buen marrano, Goret.

Bajo el negro mostacho exhibió Goret un rictus cínico.

—Si le dijese que Perron pretende proteger a la hija de un ministro, no le quedaría a usted más remedio que cerrar la boca. Y en estos momentos, viene a ser lo mismo... O sea que cierre la boca.

Lefort se distendió y su zurda aplicó un recio revés. Seco y preciso. Goret cayó de espaldas con su sillón, golpeando con el doble peso el tabique.

Alertados por el estruendo, los dos agentes acudieron en tromba.

Apaciblemente les comunicó el comisario:

—No es nada. Estamos simplemente restableciendo las justas distancias. Coloquen el sillón normalmente, incluido su ocupante. Gracias. Pueden volver a sus sitios, muchachos.

Goret se aplicó el pañuelo en las narices, sin demasiado rencor. Reconocía que el manotazo se lo había ganado. Había olvidado la fama de puritano orgulloso que tenía Lefort. Manifestó:

—El destino de Bergerac no estaba en mis manos. ¿Quiere una prueba? Perdí esta mañana tres horas esperándole en el napolitano de la plaza Palavicino. No vino Bergerac. Salí de Niza hacia el mediodía sin saber qué le había pasado. Si este periódico no me cae entre las manos, al pasar por Marsella, hubiese regresado a París para dar cuenta de mi fracaso.

—Su misión tenía sin... nada por finalidad evitarle molestias a Hilda.

—¿Hilda? No la conozco. Por otra parte, el nombre no importa y no me es posible revelarlo sin permiso de mi patrón.

—No necesito todavía saberlo. Para mí, ella es Hilda, la heredera de las Forjas Romajon.

—En sus horas optimistas, pocas, Perron la llama «La Ballena»

—Y usted pilló anoche el París-Costa Azul para impedir a Bergerac que secuestrase a «La Ballena».

—Exacto.

—Y Bergerac se encontró con usted de improvisto en la cabina que debía estar ocupada por Hilda.

—También lo confieso humildemente.

—¿Y qué le dijo a Bergerac?

—Le espeté de sopetón que «La Ballena» lo había traicionado miserablemente, lo cual es la exacta verdad, que el tío Gustave había avisado a la Policía Judicial y que la poli lo recogería al final de trayecto. Bergerac se acoquinó de un modo lamentable y lastimoso.

—Un chico sin escrúpulos no se suicida a los veinte años, sobre todo, cuando es inteligente y sabe que a reina fallona, reina de repuesto.

—Sí, pero Bergerac ya había llegado al final de sus reservas. Lo había apostado todo sobre «La Ballena» que era el gran golpe de su carrera.

—¿Cómo es ella?

Goret separó los brazos al máximo.

—¡Un monumento! Perron mismo se estremecía al imaginarse al joven estrujado por aquella fortaleza humana.

En el silencio que siguió, ambos investigadores, el profesional y el privado, se acechaban. Lefort no deseaba resbalar. El esbirro de la Agencia

Perron era pagado por gente influyente. Gente que a cualquier precio defiende su aparente buena fama.

Goret adivinó el fastidio íntimo de Lefort y sugirió suspirando:

—Más vale para todo el mundo que Bergerac se haya suicidado.

—Nada se ha demostrado todavía en firme. En mi opinión, el París-Costa Azul contenía anoche dos mil sospechosos. Me quedan una docena a mano. Usted queda a nuestra disposición. Además, es precisamente para quedar a nuestra disposición por lo que volvió volando, ¿no?

—Exacto. Yo soy también algo así, como testigo de la muerte de Bergerac para la gente que me encargaron vigilarle. Si es preciso, iré a identificarle.

—Vaya esta misma noche a Dijon. A su llegada, los del comisariado especial le acompañarán al Depósito. Espero que el bello rostro de Bergerac no se haya esfumado y que lo reconocerá tan fácilmente como en esta fotografía.

—No se preocupe. Es Bergerac.

Goret, una vez más, partió a todo gas hacia la estación.

El agente fisonomista del comisariado, espiaba el último minuto de la partida del tren, fértil en apariciones, desapariciones y otras chapuzas instantáneas.

Por cuarta vez vio aparecer al asombroso personaje del mostacho y cara de chivo, surgir como un bólido, lanzarse en sprint fulminante y saltar al estribo de! último vagón ya lanzado en salida.

Aquella exhibición dejó pasmado de admiración al agente. Comunicó la novedad al retén del comisariado.

Si se trataba de un criminal, era indudablemente un maniático de los viajes en tren.

CAPITULO XIII

Clara avanzó por el dédalo de los pasillos silenciosos del Hotel Sussex. Abrió su puerta, y fue a encender las luces de cabecera. Dirigiase a la ventana para bajar la cortina por completo.

Llamaban a la puerta. No era la camarera. Fue Clara a abrir.

Se vio frente a una opulenta mujer que la encañonaba con una pequeña automática, de plata y nácar.

El arma de salón parecía un sonajero en la mano gordezuela y llena de anillos de la visitante, que susurró con voz estremecida y temblona:

—¿Dónde está Bergerac? ¿Dónde estás, Ber, amor mío? ¡Usted, devuélvamelos! Estoy segura que él está aquí.

Aunque asustada, Clara dijo fríamente:

—Acabo de llegar. No he mirado todavía por los armarios. Si quiere hacerlo, adelante.

Retrocedió unos pasos fija la mirada en la ridícula pistolita. La visitante entrando, hizo restallar la puerta apoyando en ella su ancho posterior, sin dejar de encañonar a Clara.

Su cara, blanca e hinchada, brillaba lacrimosa. Palabras incoherentes y breves llamadas, fluían de sus trémulos labios entre hipoes:

—¡Bar, asómate, malo! Sé que estás aquí. Bastará... que te presentes y te lo perdonaré todo.

Clara se apartó prudentemente para cederle todo el paso posible. Pocas veces había visto una gigante semejante.

Bajo una melena demasiado negra, la llorosa desconocida exhibía un semblante marmóreo, de rasgos majestuosos, ojazos azules de miope y una boca gordezuela en forma de corazón.

Llevaba un vestido granate muy oscuro, casi negro, que la salvaba del ridículo. Debió pagar al modisto una fortuna. La discreción del vestido se estropeaba por la profusión de brillantes que estrellaban el vértice de su escote, el globo de su seno izquierdo, sus dos muñecas y el anular de su diestra. Maulló:

—¡Bergerac, salga o le mato, mato a todo el mundo, y me mato luego!

Abrió al azar una puerta, encañonando la bañera.

El cuarto de baño estaba deshabitado, al igual que los armarios. Y bajo la cama-diván no cabía ni un esqueleto.

La gigante dio la vuelta a la habitación, giró como una peonza y se

desplomó a través de la cama que doblándose al peso, emitió un lúgubre quejido.

La pistolita resbaló sobre el tapiz. Clara saltó y quitó rápidamente las balas. Unas píldoras que no habrían causado más que el susto a un gato, a cuatro pasos.

Los retorcimientos y sollozos de la obesa señora fueron espaciándose. Se incorporó de pronto al notar un fresco por sus sienes y frente.

Apartó Clara el atomizador. La automática-juguete se hallaba en el tocador, fuera de alcance. La visitante dijo con voz monótona:

—Devuélvamelos. Quiero acabar inmediatamente con mi dolor.

—Aquí no. Además, sería una pena. Y a nadie le haría provecho. Donde esté, aunque sea en el infierno, Bergerac se reiría de un suicidio semejante.

—¿Usted cree?

—Estoy segura. Bergerac era de la raza de despreocupados que se divierten tanto de lo malo como de lo bueno con la misma facilidad.

Lanzando un hondo suspiro, la obesa sentóse pesadamente al borde de la cama y afirmó:

—Debería arrancarle los ojos. Fue usted la que desvió a Bergerac del camino recto.

—Le juro que Bergerac nunca estuvo aquí.

—Me telefonearon avisándome que Bergerac había desaparecido y que era inútil que intentase volver a verlo y que una sola persona en el mundo conocía su paradero: La señora Ravel, hotel Sussex.

—Y vino usted. Es exacto que me encontré en la órbita de este meteoro que usted llama Ber, pero no ¡sé de él nada, y de usted menos.

—Yo soy Hilda Romajón.

—No existe.

—¡Existe! Es mi propia doncella luxemburguesa. Ella sirvió durante mucho tiempo de buzón y tapadera entre Ber y yo. Desde un principio habíamos adoptado este truco para despistar a los espías que me rodean permanentemente. Ber se divertía mucho, llamándome Hilda por teléfono o en la intimidad. Un simulacro que nunca le hizo olvidar lo que valgo, lo que puedo y quién soy.

—¿Y quién es usted?

—La baronesa Isobel Heyer, de las Fundiciones Heyer.

Se ocultó la cara entre las manos, y exhaló un largo sollozo que resonó como un relincho.

—¡Cielo Santo! ¿Dónde está Ber? ¿Qué le pasó? ¿Por qué no está en Niza? Debíamos tomar juntos el Tren Azul, bajar al mismo hotel, y casarnos. Hasta sabía dónde encontrar a su Hilda durante esta larga noche de tren; en el coche-cama tres, cabina individual once.

Gravemente anunció Clara:

—Algo debió fallar en su buzón, baronesa.

—¡Estoy segura que Ber salió anoche!

—Sí, pero una hora antes que usted, y en el París-Costa Azul.

—¿Cómo puede saberlo?

—El azar quiso darle un rincón frente a mí en el compartimento.

—¡Y usted intentó seducirlo!

—Yo tengo ya mi amor personal. Todo se desarrolló en el plano de la cortesía pura. Matamos el tiempo charlando, y la afección sincera que Bergerac le tiene, transparentó.

Halagada semejó ella una paloma buchona. Prosiguió Clara:

—Tras cenar, Bergerac se deslizó hacia el sector de los coches-cama.

—¿Para venir a verme?

—Esta era su intención.

—¿Y qué pasó?

—Tras la puerta de la cabina once, probablemente le estaba esperando el gran lobo malo.

Isobel-Hilda dilató los ojos, horrorizada:

—¿De quién habla usted?

Clara encendió un cigarrillo. Sus penetrantes pupilas estudiaban el rostro bobalicón de la baronesa Heyer. Dijo por fin:

—¿Sabe lo que creo? Una confusión, voluntaria o no, se produjo en protocolo de esta doble salida desde París. ¿No lo adivina?

Isobel se envaró mirando fijamente el vacío. Tras unos segundos de reflexión dijo mansamente:

—Fue Hilda, la verdadera, mi criada, la que se encargó de todo. Como lo hacía siempre...

—¿Quién avisó a Bergerac de la fuga en tren?

—También fue Hilda. Ella telefoneó.

—Bergerac debió oír mal. O tal vez escuchó otra voz que no era la Hilda. Una voz que lo llevó a un triste destino.

—¿Qué quiere usted decir?

—Bergerac se esfumó por el corredor de los coches-cama. Luego, nunca más lo he vuelto a ver. Su sitio permaneció desocupado toda la noche frente al mío. Debe afrontar valerosamente la eventualidad siguiente: Su adorable novio se tiró del tren. Si se mató o si la caída lo ha mutilado y vuelto lelo para toda la vida, lo leeremos tarde o temprano en la Prensa. Resígnese, baronesa. Su Ber ha muerto.

La baronesa se desplomó con toda su masa atravesada en la cama, y sus sollozos hipados rellenaron la habitación. Decretó Clara:

—Tenga valor, y sepa que el deseo de morirle le pasará dentro de algunas horas. Tenga valor, cierre el grifo lacrimógeno, devuélvame mi cama porque la necesito, regrese a su mansión dorada y duerma tranquila.

La baronesa acabó por calmarse. Irguiéndose miró en torno con mirada de extravío y dijo con voz temblona:

—Yo no soy una mala mujer. Es muy posible que se han servido de mi inocencia para tenderle a Ber una trampa horrible, pero yo no lo sabía, yo no merezco ser tan desgraciada.

—Su tío Gustave deseaba eliminar a este muchacho de dientes largos que amenazaba a través de usted y su amor, el imperio de las Fundiciones Heyer. Ha logrado Gustave eliminar a Ber. Regrese usted a su existencia pacífica. No desespere. Hay más Ber por París.

La baronesa se levantó penosamente dando unos pasos torpes por la habitación.

Clara aguardaba junto a la puerta entreabierta. Antes de salir, Isobel Heyer se detuvo ante ella, y pareció verla por vez primera, preguntando:

—A propósito, ¿quién es usted?

Su mirada miope daba la impresión de que acababa de salir de un largo sueño. Clara replicó paciente:

—No soy más que una viajera fatigada. Y quiero dormir.

La cogió por el codo, insinuando, ya que no podía empujarla. La opulenta heredera salió al pasillo. Recordó de pronto Clara:

—Espere... Olvida usted su pistolita.

—Guárdela en recuerdo mío. Y en recuerdo de Bergerac.

CAPITULO XIV

El agente especial de la Agencia Perron hizo una excelente tarea en Dijon. Su falso testimonio dejó escéptica a los de la Policía Judicial, que empezaban a encontrar muy interesante el cadáver mal identificado del kilómetro 254.

Pero Gustave de Heyer tocó las teclas precisas y un telefonazo procedente de París detuvo todo impulso e iniciativa policíaca.

El expediente de indagatorias previas, abierto veinte horas antes, fue cerrado por un exhorto perentorio del juez de instrucción, que aportaba la conclusión definitiva.

Un individuo sin profesión ni identidad reconocida, apodado Bergerac, había puesto fin a sus días culpables y sin importancia, lanzándose en plena marcha del París-Costa Azul.

Aquel Bergerac fue arrojado sin ceremonias a la fosa común. Una sola persona se dignó acompañarle hasta su último alojamiento. El privado Goret que ostentaba una expresión que hubiera sido más adecuada para un bautizo o una boda.

Un comunicado muy explícito obligó al comisario Paoli, muy en contra de su voluntad, a soltar a los seis sospechosos que mantenía bajo llaves.

Los Horripilantes fueron liberados a la hora del aperitivo. Treinta y seis horas de celda no los habían embellecido. Parecían cataplasmas brotando de ultratumba.

El comisario Paoli les dedicó un breve discurso:

—No he podido hallar nada que me permitiese retenerlos unos años entre rejas. No se demoren demasiado por esta buena ciudad. Pongan freno a su voracidad por el pitorreo. Las ocho comisarías de Niza tienen su descripción completa. Dado que son fáciles de identificar, al primer jaleo que originen, les prometo un trato especial. Un cepillado a fondo. Y ahora, escampen.

El comisario Lefort les aguardaba en la esquina de la estación. Por simple curiosidad. Para verles evolucionar en libertad como unos osos de circo sueltos repentinamente por aceras ciudadanas.

El breve comunicado judicial de Dijon bastaba y sobraba para dejar terminantemente concluso el expediente Bergerac, y por consiguiente fuera de toda responsabilidad a Lefort.

Pero le quedaba cerca de una hora para tomar el «Mistral» y decidió contemplar a distancia al sexteto, acompañándoles hacia el «Grimaldo», esperando verles rodar en bloque bajo un camión-cisterna.

Los Horripilantes bajaban por el Bulevar Gambetta querellándose en sordina. Formaban un grupo detonante. Los hombres lucían velludos rostros sin afeitar desde hacía cuarenta y ocho horas.

Las dos mujeres, sin maquillaje, deslumbradas bajo el sol, exhibían una fealdad monstruosa.

El corso Vascondi la estaba tomando con Morel:

—Pasaste canguelo por tu pasta, ¿eh? Has tenido chiripa.

—¿Chiripa? ¿A qué llamas tú chiripa, zopenco?

—Los polis te han devuelto todo el parné sin siquiera descontar una cuota para la caja de los huerfanitos de los gendarmes.

Lidia Vascondi recriminó acremente:

—El señor no sabe pasearse con los bolsillos y el billeteiro planos como lenguados. Le daría complejos de mísero. Esta roñosa manía le viene de su abuelo, el tratante de vinos y ajos.

—Mi abuelo te envía a la mismísima mier...

—¡Miércoles! Cierra la boca, Morel —conminó su esposa.

Dos días de abstinencia les habían producido un humor belicoso. Con aire taimado hizo observar Dubroc.

—Hay algo que me tiene muy estupefacto, casi putrefacto. ¿Cómo es posible que hayas salido de París el lunes noche con los cincuenta mil de tu caballada. La tripleta de Longchamps solamente era pagadera a partir del martes por la mañana.

Fern Morel tuvo un pequeño arrebató de buen humor. Se lo producía la idea de haber podido enredar a alguien. Explicó:

—El armenio fullero del garito Arka, o séase Arkadian, se apresuró a pagarme mi *ticket* contra entrega.

—No tiene nada de generoso, y no veo por qué iba a anticiparse sin beneficios.

—Hizo el canelo. El muy puerco me había preparado para las diez de la noche del lunes, una partidita de póker, camisas arremangadas, pero con la intención de desplumarme. O por esta misma razón, podéis estar seguros que me encuentro mucho mejor en Niza.

—Pues yo no —declaró Regina, irritada—. Vosotros haréis lo que queráis, pero yo vuelvo al hotel, empaqueto y adiós.

—Yo también —graznó Lidia.

Bertin tuvo una inspiración:

—¿Y si fuéramos de cachondeo por Marsella? Tres horas de tren pasan rápido, ¿eh?

—El garbeo me parece majo —admitió Morel—, pero primero vamos a remojar la tragadera. Veremos las cosas de color de rosa.

Consumieron varios aperitivos en un pequeño bar que les recordó el Picnic. Al tercer lingotazo, las señoras se ablandaron y la incursión sobre Marsella quedó aprobada por unanimidad.

El comisario Lefort, a distancia, los escoltó hasta el Grimaldo, les dedicó un irónico adiós y regresó a la estación a despedirse de Paoli.

Llevaba diez minutos charlando amistosamente con el corso, cuando un gran estrépito restalló en los pasillos de la sala de retén.

Contenidos con esfuerzo por los agentes de servicio, los Horripilantes hicieron irrupción en la gran sala, vociferando como posesos.

Exasperado rezongó Paoli:

—Esta manada de cabestros empiezan a hacerse plúmbeos. Voy a enviarles recomendados al manicomio.

No había modo de entender lo que proferían los emigrantes del bajo Montmartre. Pataleaban, escupían, bramaban y barrían el aire con frenéticas gesticulaciones.

El rostro hinchado de Fern Morel exhibía un color gris cenizoso. Lo voluminosa rubia y la angulosa morena bufaban como gatas furiosas.

Los elegantes matones del comisariado intervinieron para sofocar los ánimos, distribuyendo manotazos y patadas. Por fin reinó el silencio.

Preguntó Paoli:

—¿Qué demontres ha pasado?

Un agente, ya calmado del ataque de hilaridad, explicó:

—¡La afeitada en seco! El gordo del abrigo color caca de oca acababa de hacerse limpiar ante la taquilla de billeteaje para Marsella. Fue un milagro de prestímano. Nadie vio nada. Fíjese, señor.

Obligó a Morel a dar media vuelta, mostrando su amplio dorso.

El hermoso abrigo amarillento de Fern Morel estaba cortado a navaja desde cada sobaco al talle. Dos aberturas simétricas bostezaban como las hendiduras de un jubón renacimiento.

Fern Morel gemía con desesperación grotesca.

—¡Me han robado canallescamemente! ¡Todo! ¡Los cinco fajos grandes de mí tripleta, mi reserva de divisas, mi billetero, mis documentos de identidad, mi carnet de cheques...! Un poco más y me afanan los calzoncillos. Ya no me queda nada de nada.

La sonriente placidez de los policías lo sacó de quicio.

—¡No se queden ahí como pasmarotes! ¡Cierren la estación y registren a todo el mundo!

Con expresión hipócritamente apenada replicó Paoli:

—Puestos a trabajar, ¿no quiere también que pare todos los trenes? No se haga demasiadas ilusiones. Su ladrón ya está muy lejos y su botín se encuentra ya esparcido por los cuatro rincones de la ciudad.

Los dos inspectores yudokas apartaron las grietas del tejido, haciendo una expertización breve del desastre.

—Es obra de Milo, el genovés.

—No. Porque Milo remontó a Lyon hace diez días y no ha vuelto.

—Entonces este trabajo se debe a las manilas de Popodopoulos.

—La artesanía de Popó es más fina. Su toque de navaja no roza nunca la ropa interior. Ahora bien, la camisa de este caballero está rajada hasta la camiseta. Claro, no se dio cuenta el caballero porque le sobra grasa y vello. Fíjate...

Se inclinaron de nuevo para examinar los cortes. Hicieron girar a Morel abriéndole el abrigo. Al cabo de unos instantes dijo uno de ellos:

—¡Ya está! No cabe duda. Es Kosta, el Lacónico.

Escarlata el rostro, vociferó Morel:

—¿Y a qué esperan para detener a este maleante?

Con risa campechana expuso Paoli:

—Claro que iremos directo a detenerle. Pero lo difícil será hacerle confesar.

—¡Se las saben todas ustedes, para hacer cantar al más lacónico!

—Sí, pero es que Kosta debe su apodo, muy merecido a la particularidad de que es mudo de nacimiento.

—¿Sabrá escribir, no? —chilló Regina Morel.

—El pobre es analfabeto, mejorando lo presente —sonrió Paoli.

—¡Hagan algo para proteger a los ciudadanos honrados! —bramó Dubroc.

—¿Detenerles a ustedes? Bien, bien, se acabó el pitorreo —rió Paoli—. De todos modos, es probable que deberán quedarse en Niza hasta fin de semana. En cuanto a recuperar los papeles bancarios no cuente mucho con ello, ciudadano.

Abrochándose con furor su lacerado abrigo, vociferó Morel:

—¡Aquí tenemos la verdadera faz de la policía! Una banda de haraganes torpones.

Sus acompañantes hicieron coro y el tumulto se reanudó. Alboroto que aprovechó Lefort para despedirse y pasar al andén.

Varias llaves de yudo y toques de karate, devolvieron la calma al sexteto. Que algo contusos y condolidos, escucharon la disertación del comisario corso:

—Regresen sus maletas al Grimaldo y dejen los acontecimientos seguir su curso. Les citaré apenas le metamos mano al escurridizo Kosta y cómplices. Tomen paciencia; hace buen tiempo, la primavera trina sus primeros arpegios y la vida es bella. Esta tarde habrá una batalla de flores ante los casinos del Mare Nostrum. Tal vez se les pase la acidez cuando reciban un ramo de geranios sobre la cara, maceta incluida. Ahuequen.

Volvieron a pie hacia su mediocre hotel. Fern Morel seguía echando humo, sin fumar. La catástrofe había sido tan repentina e inesperada que todavía no acababa de creerlo.

Palpaba a ratos sus bolsillos, y estallaba en andanadas de palabrotas que sobresaltaban a los indolentes turistas.

Ácidamente recriminó Regina:

—Deja ya de rascarte como un orangután, maridito mío. El griego de la navaja supo trabajar y elegir. Cuando un gordinflón se pasea con todo su dinero sobre el abdomen, no hay que ser brujo para adivinarlo.

Salta a la vista.

Riendo burlón sugirió Dubroc:

—Telefonea a tu armenio. Pídele que te envíe otros cincuenta mil telegráficamente. A lo mejor, pica.

En el hotel, mientras las dos mujeres zurcían el abrigo y la chaqueta, ellos hicieron inventario de los bolsos y billeteros.

Vascondi anunció tétricamente:

—Para sumar dos mil faltan ciento ochenta. El tesoro de Alicán, vaya.

El dueño del Grimaldo se negó rotundamente a abonar el cheque ofrecido por Dubroc. El grupo tuvo que ir a almorzar sobriamente en un kiosko de hamburguesas y perros calientes.

Toda la tarde se arrastraron de terraza en terraza, escatimando sobre las consumiciones. Vino blanco y barato, decretó Vascondi, que asumía la tesorería de los escasos fondos.

Fern Morel, desprovisto de munición, lesionado en su única sensibilidad, se arrastraba lamentablemente como un animal herido de muerte. Un soplo de esperanza le acometió ante su décimo medio litro. Exclamó pastosa la voz:

—¡Mis cinco millones antiguos están por fuerza en alguna parte! Si este maldito mudo es agarrado en pleno reparto, la poli, habrá ya recuperado mi peculio. Voy a telefonar. Nunca se sabe cuándo saltar la liebre.

El comisario Paoli escuchó la petición y el auricular retransmitió la carcajada y luego la respuesta:

—Hemos abandonado la pista del mudo. El pobre está en la clínica desde el viernes pasado. Se hizo trasplantar lenguas de loro... y sufre las consecuencias. Los estragos que hacen las divulgaciones...

—¡Quiero mi dinero!

—No pierda nunca la esperanza. Varios agentes siguen la pista de otro griego, Partanodipoulos, y lo detendrán seguramente antes de la noche. Si por casualidad el griego no ha puesto todavía los pies en el casino, tiene usted alguna posibilidad de recuperar sus ahorros.

—¡Quiero mi dinero!

—Debió guardarlo en otro sitio. Hace falta ser bastante jumento para pasearse en Carnaval con una gruesa de billetes encima.

Morel encontró a su esposa y amigos parapetados en un silencio hostil tras las mimosas del Miramar. Afirmó Morel:

—Adivino por qué ponéis estas jetas de funeral.

Secamente declaró Vascondi:

—Nos vamos esta noche los cuatro. Regina vendrá con nosotros, si le peta. Tú debes quedarte en espera de tu ladrón. Entre nosotros, creo que la bofia te hará languidecer hasta la pascua.

Sofocado por la indignación, gruñó Morel:

—¡Reata de desertores desleales! Esta misma mañana, con la tela encima yo era el Sha de Niza. Ha bastado que un tunante me vaciase los bolsillos y me abandonáis... Eso es lo que se llama amistad.

Protestó Dubroc:

—¿Quién es el que invita ahora? ¿Tú o nosotros? No vamos a echar musgo por aquí meses y meses. Tu juerga acabaría costándonos muy caro.

—Nada ha cambiado. Siempre soy yo el que abona el gasto. Os rembolsaré cada céntimo.

Lidia sugirió cariñosa.

—Entonces pide auxilio a tu contable. No vale la pena ahorrar como tacaños. Que te deje lista para mañana una transferencia. ¿No es verdad que así todo irá mejor, querida?

Regina aprobó, Y Morel pasó nuevamente a la cabina. Al regresar, vio ante su sitio un precioso doble de *whisky*.

Aquella delicadeza le complació. La amistad renacía ante la seguridad monetaria. Los amigos cosquilleaban a la rubia y a la morena, contaban chistes vomitivos y comentaban injuriosamente el aspecto de los peatones.

Al caer la noche, recorrían la Gran Avenida, interpellando con grosería a algunos paseantes. La muchedumbre era lo bastante densa para protegerse contra cualquier posible represalia.

Penetraron por una transversal, y de pronto, detuvo Dubroc alertando a los demás con ademanes.

Una mujer rubia, con un impermeable blanco echado sobre los hombros, acababa de salir de una tienda de antigüedades. Transportaba un maletín de fibra rígida, rectangular, provisto de asidero metálico, doble, y que parecía bastante pesado.

Entre dientes, masculló Morel:

—Ahí va. ¿No la reconocéis? Es la jamoncita del tren, la pécora que nos buscó la ruina.

Afirmó Dubroc:

—No puede salirse tan frescamente del lío en que nos metió. Podemos arrinconarla en un entrante oscuro y le deterioramos el físico en dos segundos.

Regina se sublevó inesperadamente:

—¡No hagáis más los idiotas! ¿Queréis que volvamos a las mazmorras inculpados de maltrato?

—Brindó Bertin, fanfarroneando:

—Podría limpiarle el bolso. Largaos y esperadme en el Grimaldo. Le

rapiñaré también el maletín. No habrá millones dentro, pero sí lo bastante para pagar la cena.

Murmuró Vascondi:

—Dejadla pasar primero. Luego ya veremos. Regina hace bien en recordarnos que la prudencia es elemental. La bofia nos tiene echado el ojo.

Clara Ravel no los vio. Se dirigía hacia el Susex, distraída, sonriendo a sus pensamientos. La siguieron a distancia, disimulados entre los demás transeúntes.

La noche primaveral invitaba a caminar despacio.

Morel sentíase inspirado. Le explicó a Dubroc:

—Ya tengo un plan soberbio. ¿Ves aquel cruce? Apenas las luces pasen al verde, la alcanzamos. Mientras Vascondi y Bertin acuden corriendo, empujan a todo el mundo apelotonado, las mujeres se ponen a chillar y ¡zas! con un buen empujón me envías a esta buscabullas a la calzada. Con un poco de buena suerte, dos o tres bólicos le pasarán encima en planchada. Enseguida habrá unas quinientas personas agrupándose en torno a la desgraciada víctima del tráfico, y nos podremos ir tranquilamente, silbando la Marcha Turca.

—Comprendido. Eres un talento.

La consigna pasó de boca en oído. A treinta metros de la encrucijada vieron encenderse la luz verde. Apretaron el paso y la blanca silueta se irguió delante de ellos, al borde de la acera.

Los coches liberados de su rugiente espera, se abalanzaron en tromba por la calzada vacía.

—Me quedo tras ella —susurró Morel—. Tú deslízate a su izquierda y no la falles. Te ayudaré en la proyección.

Dubroc alargó las zancadas lo cual le dejó a poca distancia tras Clara. Los peatones iban ya acumulándose. Atrás, las dos arpías empezaban a fingir una disputa chillona. Vascondi y Bertin iniciaban el sprint, y Morel se aproximaba dispuesto a preparar la zancadilla.

Y en una fracción de segundo todo falló en aquel estratégico combinado de movimientos.

Dubroc iba a colocar su recio golpe de hombro, cuando un dardo de acero penetró profundamente en la molla de su cacha derecha.

Fue doloroso y fulminante como un picotazo de tábano.

Lanzó Dubroc un maullido superagudo, girando como un epiléptico y empujando a Fern Morel que se bamboleó cabeza adelante.

Unos neumáticos aullaron a diez centímetros de sus orejas. Vascondi lo agarró por un brazo y Morel quedó sentado en la acera.

La mujer del impermeable blanco ya había desaparecido envuelta por la muchedumbre.

Morel se levantó, apoplético y alucinado, saltones los ojillos, en medio

de un pequeño agrupamiento de ociosos. Interpeló a Dubroc:

—Pero, ¿qué puñeta te agarró? ¡Apuntabas a la pichona y me embistes a mí!

El forzudo del Picnic, sobándose la nalga derecha, gimió:

—Alguien me ha pinchado. Aquí... —y echó sangre a chorros.

Un par de agentes acudía aspirando el aire salobre del mar. Los badulanques se dispersaron y la acera recuperó su curso normal.

Los gendarmes pasaron de largo. Los Horripilantes permanecieron al borde de la acera, en el mismo sitio, mirando en torno con inquietud.

Volvió Dubroc a gemir:

—Me estoy desangrando. Ya desborda mis pantalones...

—Será otra cosa la que te desborda —atajó Morel colérico—. Vosotros, ¿habéis visto... a alguien?

Bertin y Vascondi menearon negativamente la cabeza. Aclaró el corso:

—Nada ni nadie. Había demasiada gente.

—¿Y vosotras?

Las dos mujeres se mantenían apartadas, lívidas de miedo. Una lividez que transparentaba bajo sus maquillajes agrietándose.

Lidia Vascondi prefirió callarse, encorvándose bajo su astracán, pero Regina Morel pareció entrar en trance hipnótico al silabear:

—¡Yo ya he visto bastante! Esta misma noche vuelvo a París. No me importa cómo, aunque sea en un tren de carga, con tal de perderos de vista. Es increíble que podáis ser tan retardados mentales... ¡Seguid seguir intentando más jolgorios! Acabaremos todos en la Morgue.

CAPITULO XV

La noche de Niza, en las proximidades de la Estación Central, era tan tibia y luminosa como la de París había sido fría y mortecina.

Clara Ravel denegó la oferta de un portador que quería apoderarse del maletín con la virgen. Franqueó ella el molinete de control. El Tren Azul todavía no había sido anunciado.

Bajó la escalera del acceso subterráneo entre la oleada apresurada de los viajeros. A medio camino alguien se deslizó ágilmente tras ella acomodando su zancada a la suya, susurrando:

—Permítame que la ayude. El cofrecito del tesoro parece pesar lo suyo, demasiado para una dama delicada.

Al mismo tiempo, una mano acariciante se cerraba en torno a la mano derecha femenina que empuñaba los asideros del maletín.

Sin el menor sobresalto Clara se dejó hacer. Había reconocido al invisible por su entonación burlona y la zancada felina.

Por unos momentos caminaron codo a codo, fingiendo ignorarse. Clara no se atrevía a ladear la cara. Terna miedo de romper el encanto mirando a su acompañante.

Se estabilizaron en la escalera rodante de ascenso desembocando en un andén animado por la profusión de flores y luces. El policía fisonomista los vio pasar sin concederles la menor atención.

Estaba alerta, le habían señalado la salida de un famoso fullero octogenario, de sangre real, y los casinos de la ciudad esperaban ansiosamente la confirmación de tan grata noticia.

Clara caminaba lentamente, perdidos los ojos en la perspectiva lejana. Murmuró irónicamente:

—El rumor general suponía que debían enterrarle a usted esta mañana en las cercanías de Dijon.

—Ya me enterraron, pero debo todavía tomar algunas precauciones para guardar las apariencias. Para vivir tranquilo, nada mejor que estar muerto.

Clara se detuvo y giró la cabeza. Deseando quedar decepcionada, liberada instantáneamente del menor atisbo de cariño íntimo.

Bergerac se detuvo también, manteniéndose ante ella en una actitud humilde, casi cohibida. De su largo cabello rubio solamente quedaba como

un casco, peinado a navaja. El pelo corto lo hacía aún más juvenil. Escandalosamente juvenil.

Unas gafas negras ocultaban sus ojos gatunos. Vestía sobriamente un tergal color tabaco, y la corbata era de un bronce claro muy acertado, pensó ella. Al igual que el impermeable echado al brazo izquierdo.

Con el derecho apretaba cuidadosamente contra su costado, el pequeño fétetro conteniendo la virgen antigua.

Clara se sintió perdida sin remedio, pero esta impresión la inundó inmediatamente de una agradable tibieza. Dijo indulgente:

—Tiene usted aspecto de monaguillo bueno.

—Por la fuerza de las circunstancias y, sobre todo, gracias a usted, soy lo que usted desee que sea.

Rebatió ella secamente.

—Siempre le queda el recurso de la pesca al arpón.

—No la entiendo.

—Me refiero a la baronesa ballenato.

—Confieso que era una presa demasiado grandota para mí. Tenía usted razón la otra noche. Salvé la piel, pero por pelillos...

—Mi lindo Ber, no me parece nada bien que intentase usted estafar a una pobre mujer apasionada.

—¿Estafar? ¿Yo? Pero si estaba dispuesto a tomarla por esposa... ¡Y nunca le extirpé ni cinco céntimos! Es mi sistema al inicio de una relación de altura. Hago gala de un desinterés total, corriendo yo con los gastos que cuestan los preliminares de todo idilio. Y la baronesa, en definitiva, ha desaparecido de mí existencia, zampándose en ocho meses todos mis beneficios de las operaciones precedentes.

—Es usted un caso... ¿En el reformatorio no le enseñaron algo llamado ética?

—El hospicio que me tocó en la rifa solamente me enseñó una cosa: miedo a tener hambre, miedo a estar siempre solo, miedo a ser pobre...

Los viajeros se adensaron súbitamente a lo largo del andén y el «Tren Azul» entró con majestuosa lentitud. Dijo Bergerac:

—Le acompañaré hasta su compartimento. ¿Tiene reserva esta vez?

Clara abrió el bolso y extrajo el delgado billete de coche-cama.

—Número 14, individual 12.

Del bolsillo superior sacó Bergerac un billete semejante y fingió sorprenderse:

—¡Curioso! Seremos vecinos. Tengo la individual 13 del mismo coche, y el trece ha sido siempre mi número de la suerte.

Clara Ravel no supo si sonreír o enojarse. Murmuró:

—Yo no soy ningún premio de lotería, Bergerac.

Bergerac se quitó las gafas negras, descubriendo los ojos relucientes.

—Para mí es usted la gloria, la esperanza, la fe en algo... No sé qué...

Lo cierto es que vivo tras su sombra desde hace cuarenta y ocho horas. He respirado su perfume en los pasillos del Sussex. La he seguido por todas partes. Hay horas en que Niza puede resultar malsana para una mujer sola y bonita. Pero no corría ningún riesgo. Yo estaba allí. Por vez primera, yo, en la sombra, protegí a una mujer.

Un delicioso estremecimiento recorrió la nuca de Clara. El coche cama 14 se detuvo ante ellos. El camarero instaló a la pareja formada por la rubia otoñal y su estudiante de cabello corto. Le caían bien. Y llevó su condescendencia hasta el extremo de quitar el pestillo de la puerta que comunicaba ambas cabinas.

Apenas estuvieron solos, rió Bergerac:

—Después de cenar, cada cual en su casita y a la cama. Desde mi rincón y a través de la puerta, me agradará seguir velando su sueño.

Clara sonrió escéptica. Contemplaba a Bergerac vaciando su maletín y el gran bolso viajero femenino. Olfateaba la colonia de Clara, desplegó su pijama y la larga camisa de noche de su vecina que miró al trasluz sonriendo divertido.

—Oiga, este camisón es de abadesa. Blancor de primera comunión.

El «Tren Azul» arrancó suavemente y se dieron cuenta al ver rielar las luces sobre las quietas aguas del mar. Preguntó Bergerac:

—Por cierto, ¿qué edad tiene usted?

—Treinta y once primaveras cumpliré cuando broten las violetas, es decir el veintiuno próximo.

—Nadie lo creería. Tiene usted todavía por delante unos quince años espléndidos. Habla el técnico, créame. Bien, feliz cumpleaños.

Inclinándose sobre el diván-cama besó suavemente a Clara en ambas mejillas. Ella no se fiaba y apretaba los labios. Irguiéndose, murmuró él:

—¿Qué podía regalarle para celebrarlo?

—Faltan aún doce días para mí cumpleaños.

—Para mí, es hoy, ahora.

—Ya que tiene fondos, invíteme otra vez a cenar.

—No es bastante. Pero, en fin, es usted adorable. Hilda me habría pedido, por lo menos, una cesta de orquídeas con veinticinco metros de cintas y guirnaldas.

—Entre nosotros, ya la puede llamar Isobel ahora. Lo sé todo. Vino a llorar en mi regazo anoche, en mi habitación del Sussex. Por culpa de usted, estuve a punto de recibir una perdigonada del arma que empuñaba esta insensata. ¿Dónde estaba usted entonces?

—Tras la puerta, con la oreja pegada a la madera.

—Por lo menos no se le puede acusar de falta de sinceridad. ¿Y si ella hubiese disparado?

—No corría usted más peligro que una pequeña salpicadura. Yo mismo le regalé la pistolita, en previsión de que algún día, en un arrebató de

celos, pudiese encañonarme a mí.

—Es usted un... no sé qué... Pero tendrán seguramente alguna historia mucho más importante que contarme.

Señaló Bergerac el maletín.

—¿Qué lleva usted ahí dentro?

—La virgen de alabastro, del castillo de Bel Air.

—¿Logró conquistarla? Enhorabuena. ¿Puedo verla?

Clara abrió el maletín-cofre, apartando los paneles de algodón y liberó suavemente la virgen, que irradió bajo la luz de los apliques.

Bergerac dilató los ojos, maravillado. Su sincera admiración le hizo ascender muchos más grados en la estima de su compañera. Preguntó él:

—¿Cuánto vale?

—Esta noche, veintidós millones de trancos antiguos. La hemos asegurado en este precio. Mañana valdrá el doble o el triple, entre las garras de Levin.

Volvió ella a recostar la estatuilla en su estuche afelpado. Él la ayudó, mezclando manos, en leves caricias. Preguntó:

—¿Cuánto gana en este negocio?

—Lo bastante para ir sobreviviendo. Un porcentaje sobre la reventa, si el viejo patrón realiza un buen beneficio.

—Bueno, vamos a cenar.

Mostró ella el maletín.

—¿Quiere hacerse cargo de su custodia? Prefiero saber que mi virgen está constantemente a nuestro lado.

—No la soltaré, descuide.

Levantó el maletín disponiéndose a abrir la puerta. Le retuvo ella.

—Primero acláreme un punto que me atosiga. No quiero que me reprochen algún día haber cenado frente a un asesino.

Estaban tan cerca que Bergerac hubiese podido besarla avanzando simplemente el mentón. Se limitó a colocarse nuevamente las gafas negras.

Ella insistió:

—Estoy segura de que esta cena de cumpleaños será para mí la mejor de mí existencia. Es usted, un muerto muy agradable, pero compéndame, muchacho... Yo soy todavía una burguesa convencional, estúpida.

—No, no, por favor. Usted es fantástica, caray. Y no me agrada ponerme sentimental, pero no me queda otro remedio. Podemos cenar juntos sin que esto le deshonne. De otro modo, y lo juro por mí alma, no la hubiese vuelto a ver. Así soy yo, el verdadero y legítimo. ¡Andando, a cenar!

CAPITULO XVI

La propina anticipada hizo que pudieran instalarse en una mesita para dos, en el rincón. La misma en situación que aquella otra noche que ahora parecía tan lejana. Dijo él:

—El champaña correrá a chorros. Tanto peor si olvidamos su *madonna* bajo la mesa.

—¿Es razonable beber? En la ida lo hicimos y algunos problemas no se habían presentado, si hubiésemos conservado la cabeza más despejada.

—¡Bebamos de todos modos! Además, el peligro ya quedó descartado por completo. Solté las amarras que me retenían a la baronesa y en mi vida vuelvo a tomar por asalto damiselas de eso que llaman buena familia.

Bebieron de un sorbo la primera copa. Sonrió Clara:

—Su damisela había ya cumplido las cincuenta primaveras más los años de nodriza, a menos que ella fuese su propia nodriza. Este aspecto tenía. Bien, hablemos en serio, si es posible. Explíquese, jovencito.

—Reanudemos los hechos donde los dejamos el lunes por la noche. Es lógico que usted me acuse.

—¡De haberme abandonado vergonzosamente! Por si no fuese bastante sentir inquietud por usted; las pasé moradas.

Relató ella su pesadilla despierta y la confrontación del día siguiente. El escuchaba crispadas las mandíbulas. Dijo por fin:

—Las cuentas no han quedado saldadas. Ya sé de ellos diez veces más cosas que nunca sabrán de nosotros. Y pagarán caro haberse divertido malignamente a costa nuestra.

—Ya los soltaron. Mi mentira no sirvió de nada.

—Pero hizo un buen peso en otra balanza. Si la policía de Niza hubiese tenido la menor duda sobre su testimonio, los de Dijon se habrían mostrado mucho más tercos ante el cadáver de Bergerac.

—Alguien más debió mentir entonces... Dejémoslo... ¿Quién le esperaba, el lunes por la noche, en el once?

—Su consejo no lo desperdicié. Antes de explorar el coche tres, le pedí al camarero que me permitiese echar un vistazo a su planímetro de inquilinos rodantes. Mi baronesa no figuraba en ningún sitio, ni siquiera bajo la identidad de su criada para todo. Y el número once estaba ocupado por un tal Goret, el arcángel guardián que el tío Gugus me adhirió a los tacones. Yo creía haberlo dejado en tierra allá en el andén de París.

—¿Y percibió entonces que el cepo le esperaba?

—Claro. Primero, Goret no había subido solo. En el momento de la partida, vi pasar al elegante bribón que acompañaba a Goret. Un joven de mí estatura, algo más flaco, con perfil de hacha.

—No lo recuerdo.

—Yo, sí. El hecho de momento no me alarmó, pero la presencia de los dos bandidos en el mismo tren, ya lo cambiaba todo. Corrí a refugiarme inmediatamente en el vagón-comedor. Pero ya no estaba usted allí.

—Aunque hubiese estado, ¿de qué hubiera yo podido servirle?

—Su presencia me hubiese reanimado. Sí, lo confieso, el miedo me helaba hasta la medula de los huesos. El salón-bar ya estaba casi vacío. Bebí un doble de *whisky* para remontarme el ánimo, mirando en torno con verdadero pánico.

—Y mientras, yo estaba discutiendo con los monstruos de nuestro compartimento. Siga, Bergerac.

—Al cabo de unos minutos me eclipsé furtivamente, asegurándome que nadie me seguía.

—¿Y...?

—Más lejos, al fondo del tercer coche, había una portezuela abierta.

—Lo sé fue la misma portezuela que me aterrorizó minutos después.

—Yo solamente me di cuenta al salir del fuelle de paso. Nadie en la plataforma, y la parte visible del pasillo estaba desierta. Hice un paso adelante y de repente me tiré al suelo, agarrándome con todas mis fuerzas al marco de la abertura sobre el vacío y la noche.

Clara apuró ansiosa su copa. Escuchaba horrorizada, con fascinación.

—El asesino debía acecharme junto a la puerta del aseo y mi zambullida lo sorprendió en pleno impulso. Me rozó con un pie y sin exageración, voló en horizontal por encima mío. A la velocidad a la que íbamos ni siquiera le vi planear al exterior. Además, la ráfaga se lo llevó como un pelele.

—¿Algún indicio lo había alertado?

—Nada. Yo tenía un miedo atroz y me sentía eléctricamente erizado, como un gato viejo rodeado por perros. El simple vuelo de una mosca me hubiese hecho pegarme al suelo como una lapa. No era una mosca. Era un asesino a sueldo, y debió ser el simple susurro de sus pantalones, yo qué sé, lo que me dio la gran campanada de alarma.

Volvió ella a beber tras escanciar ella misma en las dos copas, y preguntó suavemente:

—Su franqueza es apabullante, Berg. ¿No lo empujó usted un poquito para hacerle fallar el estribo?

—Palabra que no. Bueno estaba yo para empujoncitos, sudando coma un pollo en horno. Además, si lo hubiese empujado, no habría sido más que en legítima defensa y en tal caso, no podría usted reprenderme nada.

—¿Qué pasó luego?

—Me volvió el valor y fui a coger al toro por la cornamenta.

—¿Qué toro? ¿Dónde estaba?

—Me escurrí como una sombra hasta la puerta del individual número once. El privado Goret me abrió al instante y mi aparición, en vez de la del asesino, lo dejó petrificado. La violencia no le convenía a ese caimán y mi fisonomía no debía reflejar muy buenos sentimientos.

Irónica, replicó ella:

—Debió usted canturrearle: Buenas noches, Hilda mía».

—Fue exactamente lo que le susurré. Pero apoyándole mi cuchillo en la garganta. Y charlamos en esta posición. Incómoda para él.

—¿Qué le dijo usted?

—Le eché la buenaventura y le predije el porvenir.

Su brillante mirada se había enturbiado al añadir:

—Le garanticé que no tardaría en ganar una fortuna gracias a mí, pero que muerto o vivo, o las dos cosas a la vez, yo siempre estaría en condiciones de llevarle a la ruina total. Enmudeció y comprendí que me había entendido perfectamente... ¿Cuánto cree usted que vale la muerte de un hombre?

—Nunca hice matar a nadie. Perdone mi ignorancia en la materia.

—Lo que me agrada en usted, aparte de otros muchos detalles, es su serenidad alegre. Bien, la tarifa de precios es amplia. Depende sobre todo de la calidad del cliente. Tío Gugus debió pagar fuerte para que me despellejasen. El venerable Perron está fuera de causa. Es seguro que Gugus trató directamente con Goret, y que éste lo combinó todo. Contrató al flaco y viajó con él, para supervisar la ejecución del pedido y pagar la factura al término del viaje. La muerte del asesino alquilado suponía un fracaso deplorable para Goret. Antes de despedirme de él, le indiqué una tercera eventualidad que podía darle mayores beneficios. ¿Adivina?

Denegó ella y prosiguió Bergerac:

—Arropándole en su litera, le dije que yo iba a desaparecer del tren.

—¿Y dónde desapareció?

—En la estación de Dijon. Sin ruido ni daño. Una hora después tomaba el tren siguiente. Y fui a Niza únicamente por usted.

—¿O por la baronesa?

—Dada la experiencia reciente, ni por sus tres mil millones de dote me hubiese yo ni aproximado a la olímpica Isobel. Felizmente, ya me considero totalmente muerto.

—¿Cree usted que Goret confíe en su sensatez, Berg?

—Lo ha demostrado al identificarme en el cadáver anónimo del kilómetro 254, lo cual le ha permitido quedarse con toda la recompensa del intento de asesinato. Viene a ser como una especie de recompensa justiciera. Y yo ya estoy muerto para todo el mundo, Además, ¿a quién le

interesa que siga yo vivo?

Clara se señaló ella misma, girando el índice hacia su busto. Murmuró Bergerac:

—Empiezo a adorarla. ¿Por qué no la conocí dos años antes? Yo estaba menos maleado.

—Creí que prefería usted las damiselas paquidérmicas. De todos modos, no soy lo bastante rica para mantenerle, amiguito.

—¡Birlemos la *madonna*! Mañana tomamos el primer «jet» hacia Nueva York. Nos pagarán unos cien mil dólares. Nos vamos a Méjico, al Caribe, a Honolulu.

Bromeaba, pero el silencio resignado de Clara le dejó atónito. Bebió ella lentamente y, depositando su vaso, dijo serenamente:

—Estoy dispuesta a cometer esta locura. Usted decide.

Maravillado tardó Bergerac en decir:

—Un centenar de mujeres, jóvenes o maduras, han desfilado por mi corta existencia de gandul. Aun las más enamoradas, calculaban. Nunca encontré una sola que se ofreciera con tanta generosidad. Y no es por amor a la aventura.

—La más bonita de las aventuras reside en el encuentro de dos seres solitarios que se cogen cariño, sin cálculo ni reserva.

—Debo tenerle mucho cariño, Clara. Puesto que renuncio a volar con su *madonna*. Me siento a la vez muy feliz y muy desgraciado, al pensar que hasta soy capaz de trabajar, para merecerla.

—Es el piropo más delicado que jamás pude oír. Gracias, Berg.

Regresaron ya tarde a sus cabinas. La puerta de separación seguía abierta. Un balanceo del tren la cerró en golpe seco, aislándolos.

Al otro lado del tabique, inquirió Bergerac:

—¿Está enojada?

—No —silabeó Clara con voz lejana.

—Entonces, ¿por qué cerró la puerta?

—Yo no la toqué siquiera.

Lo abrió él muy suavemente, como si temiera asustarla.

Clara estaba sentada en el borde de la litera, absorta la mirada, nebuloso el semblante. Aquella imagen de soledad emocionó a Bergerac, y quiso disipar la melancolía bromeando, pero su voz salió trémula:

—Me apuesto cualquier cosa que debe usted parecer una hermosa abadesa en su camisón.

Con sencillez replicó ella:

—Entra y lo sabrás.

CAPITULO XVII

Fern Morel tardó cinco días en comprender que ya no recuperaría nunca su dinero. Tras lo cual, toda la banda tomó el tren de regreso, que los depositó en París un miércoles por la noche.

Minutos después, dos taxis descargaban a los seis ante la puertecilla roja y azul del Picnic, irradiando alegremente en la noche.

Emocionado, declaró Dubroc:

—Es formidable de veras volver al hogar.

Casimir, tras el mostrador, señaló al fondo. Solamente tres clientes.

Avanzando, reconoció Morel al hombrecillo muy elegante, sentado entre dos colosos. Exclamó Morel:

—¡Es muy amable por tu parte haber venido a verme!

El rostro del armenio Arkadian permaneció impassible al replicar:

—Pedí a mis dos primos que me acompañasen. Pero no hemos venido a esta pocilga para besarte, cacho de animal. He venido simplemente a recuperar mis cincuenta papiros de a mil.

Morel sintió vacilar bajo sus suelas los débiles cimientos del Picnic.

—¿De qué hablas?

—De cincuenta mil y de nada más, pedazo de tocino.

Y Arkadian colocó un diminuto cartón sobre la mesa, añadiendo:

—Te devuelvo tu boleto, me devuelves mis cincuenta mil y en paz.

La púrpura de las grandes iras revistió el morro porcino de Morel:

—¿Me tomas la melena o qué? Mi boleto vale cincuenta mil y bastaba que los cobrases en mi lugar.

—Tu boleto no vale ni un pedo de conejo, so cabestro. Te lo pagué el lunes con toda confianza, porque se sabe que juegas el 14-8-4 todo el año. La pejuguera es que endilgaste un boleto que lleva un número de jornadas ya caducada. Un domingo de febrero.

Morel pareció quedar vacío de sangre. Balbució:

—¿Te pitorreas o qué? Salió el 14-8-4.

—¡Seguro que sí! —aprobó Dubroc—. Íbamos juntos.

—Le recuerdo perfectamente el número de la jomada —ladró Morel—.

Era la veintitrés.

Arkadian dijo desdeñoso:

—Mira tú mismo. Este puerco boleto es el que me diste.

Morel cogió el cartón perforado, examinándolo bajo la luz. Era su

boleto, pero la perforación de la taquilla marcaba la jornada veintiuno.

—No comprendo nada de nada —masculló.

El armenio se dignó explicar:

—La emoción te hizo perder el poco seso que atesorabas. Te equivocaste simplemente de boleto. Guárdalo. Dame mis cincuenta papiros. Eso es todo.

En segundo plano los dos Vascondi y Bertin se mondaban de risa, pero Regina echaba espuma furiosa al chillar:

—Conservaste el válido por error. Busca en tus bolsillos de atrás, donde sueles a veces meter papelitos.

Morel rebuscó en sus dos bolsillos posteriores del pantalón y aulló radiante:

—¡Ya es mío!

Sacó un boleto algo arrugado, pero intacto. Todos miraron. Era el legítimo, 14-3-4, en el orden adecuado y jornada 23. ¡No cabía error!

Pero el armenio lo rechazó como si le ofrecieran una inmundicia.

—Aquí esta, hombre.

—Consérvalo. Yo quiero mis cincuenta mil.

—Ya no. El hombre de la taquilla se troncharía de risa si le mostrase este cartoncito —declaró Arkadian.

Jadeante de angustia, inquirió Morel:

—¿Por qué?

—El plazo de cobro de esta tripleta expiraba ayer a medianoche. Debiste regresar antes, juerguista.

Fern Morel estuvo a punto de morir de infarto. Tuvieron que sentarle y Casimir le mojó las sienes con un cubito de hielo.

Regina, estremecida de furor, lo despertó con dos bofetadas fenomenales. Los tres aguafiestas seguían esperando... Con voz moribunda, dijo Morel:

—Mañana te pago, Arka.

—Hoy se fía, mañana no. Quiero, y ya mismo, mis cincuenta billetes grandes, o de lo contrario mis dos primos, empezarán a romper mobiliario, después de tumbar por más de la cuenta a ti, en primer lugar, cerdo.

Suspiró Morel en dirección a su esposa:

—Sube arriba. Bajo el ladrillo segundo, debajo del palanganero, hay una llave. Abre el cofre del medio de los tres. Saca lo necesario para pagar a este chacal.

El armenio se dignó sonreír.

—¿De qué te quejas, melindroso? Ni siquiera te pido intereses. Y una pequeña sangría de cincuenta mil, ¿qué es para un ricachón como tú? Los recuperarás pronto. Además, lo importante es la salud, hombre. Y el buen humor, ¿eh?

Pero solamente reían los demás. No Fern Morel.

La noche del veinticinco de marzo, Clara y Bergerac cenaban como dos provincianos bajo los parasoles de la plaza del Tertre. Decía ella:

—Levin, de regreso de América, ha aceptado. Serás un magnífico buscador de antigüedades. Bajo mi control. Y con experiencia garantizada, aseguré yo. Un trabajo sencillito, Berg. Paseos por toda Francia. Documentación nueva. Te llamas... Lo siento, pero era la única disponible. Te llamas, a partir de ahora, Jean Marie Mouton.

Rió él divertido. Y manifestó:

—Gracias por todo, Clara. Y ya que me has pagado la cena, yo te pago una atracción.

El suicidado del «París-Costa Azul» miró su reloj. Faltaba un cuarto de hora para las diez. Se instalaron en el coche de Clara, un «Opel» de segunda mano, sólido.

La noche era agradable. Clara hubiese preferido un paseo por la cercana campiña, antes que encerrarse en la atmósfera de un teatro.

—¿Dónde me llevas, Berg?

—Muy cerca. Ya estamos.

Intrigada, preguntó ella:

—¿Qué jugarreta me preparas? Te noto muy divertido.

La abrazó con sincero entusiasmo. Al otro lado de la calle, los cristales rojos y azules del Picnic llameaban en la penumbra.

Suavemente se desprendió Clara del ardiente enlace. No conocía el lugar y miró en torno extrañada. Explicó él:

—La venganza es un plato que debe comerse frío. Espera y verás.

Miró nuevamente Bergerac su reloj. Las diez en punto. Dos «404» se detuvieron al borde de la acera opuesta, delante del Picnic.

Se apearon seis gorilas. Por el tamaño y la careta plástica que llevaban. Eran muchachos de toda confianza, contratados por Bergerac a precio de camaradería; la del reformatorio.

La operación se realizó en cuatro tiempos. Los gorilas hundieron la puerta del Picnic, pese a la forzada obstrucción de la clientela, y penetraron a saltos en el exiguo bar.

Al instante y por chorro continuo, una treintena de ex bebedores, damas y caballeros, salieron gritando, codos a los costados, embalados hacia sus coches.

El Picnic empezó a resonar en la noche como una máquina trituradora; golpes sordos, crujidos breves, cascadas de cristales rotos y una gama de gritos, yendo del bajo ronco al agudo triple.

Esta fase duró apenas un minuto.

Los seis gorilas salieron en fila india, llevando frascos bajo los brazos y entre las manos. Entraron en los «404». Y el comando de represalias

indirecta desapareció rápidamente hacia la Plaza Clichy.

Fueren abriéndose ventanas y en la oscuridad se interpelaban voces de vecinos irascibles.

—¡Otra vez ellos!

—¡Es una vergüenza!

—¡Es hora de firmar una denuncia!

Bergerac, abriendo la portezuela del lado de Clara, tendió la mano:

—Vamos a contemplar el estropicio.

En el bar solamente había una persona en pie. El viejo Casimir, intacto, simplemente privado de sentido por un toque de yudo, se mantenía erecto sostenido por dos estanterías.

Las prestantes estanterías y botellería y copas formaban un montón de cascotes.

También formaban un montón los Horripilantes. Al fondo del local.

El rostro de Fern Morel emergió lentamente del montón. Su ojo izquierdo estaba completamente cerrado, pero una chispa de lucidez brillaba en el derecho.

Miraba a los dos visitantes silenciosos. Bergerac avanzó unos pasos:

—La señora que me acompaña es la que pagó la juerga. Esperamos que el afán de ofender al prójimo se os habrá musitado por lo menos un par de años. Enhorabuena.

La furgoneta de Police-Secours aullaba aproximándose a sirenazo vibrante. Clara miraba a los Horripilantes. Su hondo rencor pasado ya no lo resentía.

Ya no era una mujer sola y sin cariño.

Los patrulleros irrumpieron en el antro patinando sobre una capa de cristal molido.

El sargento se enfrentó a la pareja de curiosos que podían ser unos testigos excelentes. Preguntó a Bergerac:

—¿Qué pasó? ¿Vieron algo?

—Nada. Acabábamos precisamente de entrar.

Al fondo, Fern Morel se desprendía penosamente de los cuerpos entremezclados buscando apoyo al azar.

Los agentes fueron transportando a los demás. No había muertos. Pero todos pasarían por lo menos una quincena en una clínica, y la palabra era un don que les estaba actualmente negado.

Se llevaron también a Casimir, que, borracho, hablaba de seis gorilas bailando, de estrellitas blancas y espirales verdes.

El sargento sacudió brutalmente a Morel.

—¿Tiene usted testigos?

Limpiándose la nariz granate, balbució Morel:

—Treinta por lo menos. El bar estaba lleno a reventar.

—Ya lo veo. ¿Dónde están?

—Ni idea.

—¿Y estos dos?

Señalaba el sargento a Clara y Bergerac.

Fernand Morel alzó lentamente la cara, guiñando su ojo válido.

Las dos siluetas se recortaban juntas, contra el aterciopelado de la noche. Bergerac le sonreía afectuoso. Su mano derecha acariciaba por encima la solapa de su americana.

A su lado, la mujer rubia estaba tensa y erguida en una inmovilidad amenazadora.

Tras un esfuerzo declaró Morel:

—No estaban aquí. No los he visto nunca.

El sargento se volvió hacia la pareja de curiosos. Dijo irritado:

—Nada se les perdió aquí. Váyanse.

Clara y Bergerac atravesaron la calle sombría y subieron al «Opel» en silencio. Conducía él, pensativo. Dijo por fin:

—Para esta clase de gente, el perdón de las ofensas es estimularles a proseguir en sus bestialidades.

—Ya sé... Para ellos era más fácil ser estúpidos y ¡malignos. Tal vez se curen de su manía.

—Pues yo estoy peor de mí manía. Sí, mujer. ¿No oíste la mejor y más corta poesía que existe? Hoy más que ayer...

—Y menos que mañana.

FIN

QUIERE USTED SABER HABLAR INGLÉS O FRANCÉS EN 3 MESES?

Muchas personas que leen la expresión *made in Sweden* no saben lo que significa.

Otras preguntan cómo se pronuncian las palabras «juicy» y «up-to-date» y cómo se traducirán. Algunos saben, por ejemplo, que significa «corn flakes» y «pine apples», pero, ¿conocen la pronunciación correcta? Diferentemente nos encontramos con palabras como «fashion» y «air milited», pero, ¿qué significan estas palabras?

En general hay muchas ocasiones en que se experimenta una sensación de disgusto porque no se tienen conocimientos de Inglés.

POR QUÉ SON TANTOS LOS QUE NO SABEN INGLÉS

¿Por qué sigue habiendo tantas personas que se sienten inseguras cuando encuentran alguna palabra o expresión en Inglés? ¿Por qué continúa habiendo tantas personas que no aprenden a hablar y comprender este idioma mundial, que es el Inglés? Falta de decisión, dicen unos; otros no han tenido tiempo, y no han podido económicamente y la mayoría continúa creyendo que es difícil aprender el Inglés.

Todas esas personas completamente desconocen el método moderno de aprender Inglés en Inglés.

No saben que existe el Método Deductivo.

NINGUN ESTUDIO DE GRAMÁTICA

La distancia más corta entre dos puntos es la línea recta. Esta regla tiene su aplicación hasta cuando se trata de aprender idiomas.

Hay que seguir el camino más fácil y rápido que la naturaleza nos indica, sin traducciones y sus obstáculos, sin reglas de gramática. De forma natural. Como un niño aprende español.

Es por esto que muchos creen que el Inglés es difícil y cansado, cuando es en realidad sencillo y fácil. Aquí está la diferencia entre el antiguo método de estudio y el Método Deductivo.

USTED LEE EN INGLÉS DESDE EL PRIMER DÍA

La base fundamental del Método Deductivo es que Usted aprenda Inglés en Inglés. ¿Cómo es esto posible? Pues, gracias al original, sencillo y nuevo sistema que forma el Método Deductivo. Cuando Usted empieza a aprender Inglés con el Método Deductivo, lo hará desde el primer momento en Inglés, y a pesar de ello comprenderá Usted todo lo que lee. Las frases están en tal forma desarrolladas que Usted entiende las palabras por el conjunto sin necesidad de consultas al de gramática. Así continúa Usted todo el curso. En seguida empieza a construir frases por sí cuenta y ya siente el estímulo de seguir adelante.

UN CAPITAL, POR SOLO 80 PTAS. AL MES

El Método Deductivo ha hecho posible, para todos y cada uno, aprender el idioma mundial, el Inglés. El que aproveche este genial Método, recibe un regalo invaluable, en dinero, y que nadie podrá quitarle nunca. No sólo aumentan sus posibilidades económicas, sino que también aumenta su seguridad en sí mismo, que es necesaria en la vida moderna. Acuérdese de una cosa: Usted nunca podrá valorar suficientemente sus conocimientos de Inglés.

SOLO MEDIA HORA AL DÍA

Ahora el Método Deductivo simplifica la enseñanza del idioma Inglés de tal manera que ya se tiene la seguridad de hacer grandes adelantos en muy poco tiempo.

Usted necesita dedicar solamente media hora al día. Sin estudios aburridos, sino una lectura atractiva, y el resultado le sorprenderá a Usted. Habrá aprendido Inglés leyendo una novela.

EL CURSO SOBREPASA LAS ESPERANZAS DE LOS ALUMNOS

Después de sólo tres meses de estudios, marché a Manchester y pude constatar con gran alegría, que yo entendía y me hacía comprender en Inglés. El curso tiene, entre otras cosas, la ventaja de no tener que estudiar gramática. El Método está desarrollado de tal manera que inconscientemente se aprenden los gramaticales y el exacto orden de las palabras. Por eso es para mí un placer el recomendar este método tan superior, a todos aquellos que desean un resultado efectivo en sus estudios de Inglés.

Alumno

ANGEL LASO MARTÍNEZ

GRATIS RECIBIRÁ UN LIBRO SOBRE EL MÉTODO DEDUCTIVO

Si está Usted interesado, podrá recibir gratis y sin compromiso alguno, el fascinante libro «Atajo del Inglés», con sólo enviarnos el cupón adjunto y dentro de un par de días lo recibirá en su casa libre de portes.

Escriba su correspondencia al Instituto INTER - Apartado 1181 - BARCELONA - Sec. 232-10.

Inglés - Francés - Alemán - Italiano - Correspondencia Comercial Inglesa - Correspondencia Comercial Francesa - Contabilidad - Cálculo - Reforma de la Aritmética - Ortografía - Cultura general - Conversación Inglesa - Gimnasia Atlética (Masculina) - Gimnasia Rítmica (Femenina)

PARA USTED
 GRATIS y sin compromiso alguno, ofrecemos gratuitamente el fascinante libro sobre el Método Deductivo.

Señor Director,

CURSO que me interesa _____

Nombre _____ Edad _____

Dirección _____

Publicación _____ Dist. Postal _____ Provincia _____

Deposito de Usted que le informaremos según sea el caso, SEGÚN LOS CURSOS

Instituto INTER - Sec. 232-10 - BARCELONA - España

¡ESCRIBIR A UN AMIGO

Señorita, el nombre de alguien de sus amigos que quiera su primer libro gratis y le presentaremos voluntarios.

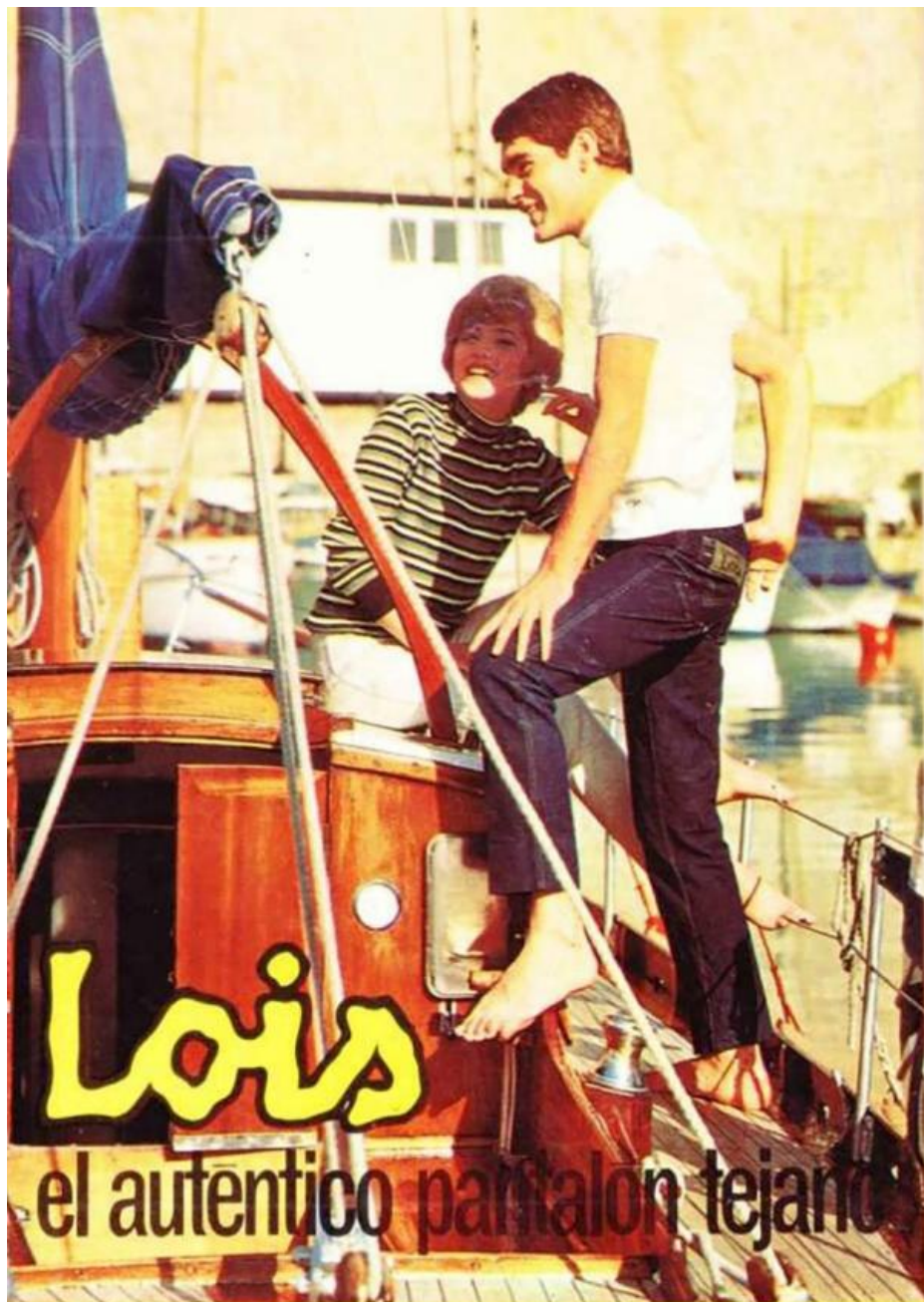
CURSO _____

Nombre _____ Edad _____

Dirección _____

Publicación _____ Dist. Postal _____ Provincia _____

Instituto INTER - Sec. 232-10 - BARCELONA - España



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.